

ERÍDANO

Suplemento N° 21 de Alfa Eridiani



*La odisea literaria
de Victor Conde*



ISSN: 1696-6538

LA ODISEA LITERARIA

Víctor Conde

Edita: Asociación Alfa Eridiani

Diseño portada: Sergio Bayona.

Diseño epub y mobi: José Ángel Menéndez Lucas.

Ilustrador: Pat Mac Dougall.

Aviso Legal Importante:

Los contenidos del presente suplemento, sea cual sea su naturaleza, conservan todos los derechos asociados al © de su autor. El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en ERÍDANO. No obstante, los derechos sobre el conjunto de ERÍDANO y su logo son © del equipo editorial.

Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número de ERÍDANO.

No obstante se autoriza a copiar y redistribuir este suplemento siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite se hace en el contexto de la obra escrita que la incluya sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

Subido a la red el 6 de junio de 2013

ÍNDICE:

PRIMER PRÓLOGO: LOS HERMANOS PATCHOULES INTENTAN EVADIRSE DEL LABERINTO DE LAS EMOCIONES	4
SEGUNDO PRÓLOGO	7
1. STANTON DECLAMA.....	10
2. SOLITUDES.....	16
3. IYA INMERSA EN ALGO QUE, SIN DUDA, EMPIEZA POR «V»	21
4. SECRETOS Y MENTIRAS.....	27
5. AVENTURAS, AVENTURAS... ..	34
6. EL ASALTO (O CÓMO POR METER LA NARIZ EN LA MADRIGUERA DEL CONEJO A VECES ACABAS PERDIÉNDOLA)	40
7. EL VALLE DE LAS LETRAS DE PIEDRA.....	47
8. LA GRAN RESPUESTA A LA GRAN PREGUNTA.....	54
9. UNA ODISEA DE PÁRRAFOS Y SINTAGMAS	61



PRIMER PRÓLOGO: LOS HERMANOS PATCHOULES INTENTAN EVADIRSE DEL LABERINTO DE LAS EMOCIONES

Título extraído de una ilustración de Moebius.

Si fijáramos en un mosaico todos los colores que hay presentes en la Llanura Kármica, ahora mismo, tendríamos un montón más grande que el ancho del rayo de luna que corre por tu espalda, hermano.

Esa frase fue lo primero que oyó Chou al despertar. Su hermano estaba a su lado, como de costumbre. Ambos tomaban el sol lánguidamente, tumbados en hamacas de fieltro, dejando pasar todos los instantes sin fricción suficiente como para quedarse y resultar agradables. Arriba, por delante y por detrás del sol, rodeándolo con anillos de color, estaban las nubes. Y colgando de ellas mediante cables hechos de lluvia, los zeppelines del colectivo Sedentarius. Era un día normal en la Llanura, y todos los que la habitaban estaban contentos. El sol repartía generoso los colores. La planicie refulgía como un espejo. El arco iris contenía doce franjas, con visos de que un anticiclón añadiera otra más hacia la tarde.

Pat se levantó y bostezó, todo en un movimiento. Su hermano seguía con las gafas de sol puestas. Al mirar hacia la Puerta, vio que todavía seguía opaca. No le extrañó: llevaban una semana esperando a que se abriera (todo un acontecimiento en la Llanura), pero aún no había suerte. Junto a ella paseaba un hombre, un anciano de barba gris y sombrero de copa, que al ver a Pat elevó una mano. Pat correspondió al saludo.

—Voy a hablar un rato con el viejo Shoulis —anunció.

Su hermano, extendiendo el bronceador por su pierna, contestó con un escueto *Mmmhúm*.

Pat se acercó al anciano y le dio un abrazo. Se caían bien, y compartían una gama similar de colores. Los rojos y magentas que Pat lucía en los pantalones, Shoulis los llevaba en la corbata. Los verdes, los violetas y los azabaches uno los repartía en el calzado, mientras el otro los usaba de bombín para resguardarse de la lluvia.

—¿Cómo te va, pequeño Pat? —saludó el viejo con una amplia sonrisa.

—Ya ves, esperando a que la Puerta se abra, como siempre. Esta vez nos hemos traído bronceador.

ERIDANO SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI Nº 21



—Eso está bien. La última vez el amarillo te quemó el trasero —dijo con un acceso de risa.

Era cierto. Pat se había quedado dormido boca abajo y ciertas franjas de color le habían teñido de limón los glúteos. Estuvo aplicándose tinte durante días para evitar que los pantalones se le volviesen dorados cada vez que se sentaba.

—¡Mira, se está abriendo otra vez! —exclamó Shoulis. La Puerta dejó entrar el chorro de luz extraña, aberrante, bruñida de tonos mate que era tan característico en ella. Todo lo que tocaba aquella luz se volvía plano, sin densidad... pegajoso. Pero a la vez tenía una cualidad que adoraban todos los habitantes de la Llanura: era más real que nada que hubiese bajo su sol, de una forma que ninguno podía entender y mucho menos expresar en palabras.

Todos se acercaron corriendo al umbral. Ver qué había al otro lado era motivo de grandes apuestas y lamentables decepciones. Por allá venía Luzarda, la joven de las trenzas, enganchada a todos los pecados que debía expiar como un tren a sus vagones. Y también Amro, el alma errante, con sus colores caleidoscópicos y su tamaño de elefante, siempre cambiando de forma. Todos se aproximaron a la Puerta para asomarse al otro lado y ver cómo era el mundo de los colores pegajosos.

Entonces ocurrió algo, un hecho para el que ningún habitante de la Llanura estaba preparado.

Al otro lado de la Puerta había un hombre, de espaldas, que acababa de retirar un paño oscuro de encima del umbral. Por eso entraba la luz. Y ahora, con parsimonia, hacía lo mismo con otro paño que había justo enfrente, tapando un objeto. El objeto resultó ser otra Puerta, con su superficie pulida y sus marcos de madera noble. El hombre llevaba un paño en las manos y se dedicaba a limpiar su impoluto rostro, sus reflejos infinitos. Y fue eso lo que ocasionó el desastre, pues al colocar distraídamente una Puerta frente a su gemela, la luz hizo cosas muy raras.

Sobre la superficie reflectante aparecieron miles de Puertas, cada una un poquito más pequeña que su antecesora y albergando mil hermanas más. La Llanura fue penetrada, violada, segmentada violentamente por estos reflejos, y una línea interminable de Puertas surgió de la primera, alargándose hasta el infinito.

Chou, el hermano de Pat, casi fue engullido por este torrente repentino de reflejos. Pudo apartarse a tiempo (¡benditos reflejos!) cuando la cascada de imágenes se tragó su hamaca, la pamelita y el bronceador. Alucinado, corrió hasta donde esperaba Pat y dijo:

—¡Acecha por su izquierda por medio de un azote de placas malva!

ERIDANO SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI Nº 21



Pat se dio cuenta, entonces, de que su mundo corría un grave peligro, pues la multiplicación de las Puertas (gracias a la negligencia de aquel operario de la limpieza que había cometido la imprudencia de retirar todos los paños a la vez) iba a incrementar el grado de surrealismo. La forma de hablar de su hermano ya se había contagiado de ello, y era algo más que una molestia: una absoluta falta de educación.

En otras ocasiones, la apertura de la Puerta al mundo que esperaba al otro lado reservaba gratas sorpresas. A veces aparecían figuras humanas, espadachines, piratas y caníbales que, al entrar cabalgando la luz extraña, se duplicaban en la Llanura y se sumaban a su población. Era motivo de jolgorio el recibir nuevos integrantes de la comunidad, y a veces, sólo a veces, éstos sostenían un diálogo con sus originales.

Pero la Llanura estaba en peligro por culpa de una negligencia, y alguien debía solucionarlo. Chou gritó, con decisión:

—¡De la arena fina, el baile de la abeja construye luces de piedra!

Y los dos hermanos comenzaron su largo y peligroso viaje hacia el confín de las Puertas, buscando el final de los reflejos. Nadie había mejor que ellos para solucionar aquel embrollo.

Pero ésa, ya, me temo que es otra historia.



SEGUNDO PRÓLOGO

La joven que recorría las tierras bajas era menuda, casi una niña en su complexión, aunque de ojos afilados y tristes. Ojos que habían visto muchas cosas, y recordaban cómo había afectado cada una de ellas al devenir de su futuro. Aquella mañana se levantó sobresaltada, pues la luz de un día pleno invadía la oscuridad sin que mediara ningún amanecer. Con la presteza del vagabundo, se aseó en el río, descolgó sus ropas de la rama del árbol y desayunó con frugalidad. Después enfiló el sendero, como todas las mañanas desde hacía nueve años. Los callos de sus pies atestiguaban los kilómetros recorridos; el polvo de los caminos los cubría como un manto sin costuras. Tiempo atrás, la joven llevaba una cuenta de los pasos que había dado en dirección a aquel horizonte que nunca se acercaba, pero un día se despertó y olvidó la cifra. ¿Cuántos ceros tenía? ¿Diez, cien, ninguno? Lo único cierto es que era un número grande, como la cantidad de letras que nacían espontáneamente de la tierra.

Ah, sí, se me olvidaba: la joven tiene nombre. Decían los antiguos que ése era un detalle importante, pues si una persona carece de nombre, se arriesga a que los dioses no la reconozcan. Se llama Iya, y nació en un pueblecito de casas de adobe, a nueve años de distancia. Su vida tendría que haber transcurrido por los derroteros conocidos, a saber, estudios comunitarios, matrimonio, granja, niños, perro, gato y ensayos sobre temas pastorales. Todas las mujeres de su aldea estudiaban, y se convertían en personas cultas que escribían durante toda su vida para añadir sus pensamientos al Archivo. Sólo las mujeres tenían esa potestad, y el Archivo, mientras más décadas transcurrían y más niñas venían a este mundo, se hacía más grande y más completo. También fue el sueño de Iya, como el de sus cinco hermanas...

Al menos hasta que descubrió la primera letra nacida de la tierra.

Ocurrió en el sexto cumpleaños de su hermana pequeña. Los notables de la aldea le habían preparado una fiesta, pues aquél era el día en que la niña vería su primera página abierta, y en ella la primera letra que iba a aprender. Era un momento de orgullo para toda la familia, y normalmente se festejaba con un almuerzo, fuegos de artificio y (si los padres podían permitírselo) una piñata. Iya estaba sentada en primera fila, mirando con orgullo a su hermana, cuando vio la letra surgir de la tierra. Era una V mayúscula, hecha de piedra, que nació entre los surcos de un campo de patatas. Tenía aproximadamente el tamaño de un ser humano adulto, y debía pesar más de una tonelada. La reacción de Iya no fue de asombro, ni de pánico; espoleada

ERIDANO SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI Nº 21



por los dos vasos que había tomado de aguardiente, lo primero que acudió a su garganta fue una carcajada.

No hay nada más desacralizador que la risa. Eso fue lo que Iya aprendió aquel día, pues con su carcajada rompió la solemnidad de la ceremonia justo en el momento crítico. Su hermanita pequeña, sabiendo que aquél era un momento irrepetible, se echó a llorar y salió corriendo a encerrarse en su cuarto, diciendo que era para siempre. Sus padres le lanzaron sendas miradas acusadoras, y el maestro de sintaxis, que oficiaba la ceremonia, juró que nunca en sus treinta años de carrera había sufrido una humillación semejante.

Iya tuvo que abandonar el pueblo. La vergüenza por haber arruinado la iniciación de su hermana no le dejaba otra salida. Trató de explicar lo que había pasado, buscar algún sentido a aquella locura, pues de todo ello tenía culpa la bestia del sótano. En las páginas que su madre había legado al Archivo, describía al cerebro humano como una casa de varias plantas. En las superiores estaban las cosas nobles, como el amor, la compasión o el esfuerzo por ser honesto. En las inferiores habitaban las pasiones desenfrenadas, los egoísmos y las pesadillas. Y luego estaba el sótano, ese lugar oscuro donde lo que no tenía explicación (la locura, el engranaje que no encajaba, o el impulso irracional de hacer cosas como amargarle la vida a un miembro de tu familia) infectaba a veces la sublime estanteidad del ático.

Iya hizo las maletas y se fue, arrepentida pero con el convencimiento de que era lo mejor. Y dedicó el resto de su vida a buscar todas esas letras que, espontáneamente, surgían del suelo como gritos de piedra.

¿Qué significaban? ¿Quién las construía, y por qué? ¿Eran acaso una catarisis del mismo planeta, que chillaba también en nubes, en plantas y en pájaros?

La joven no lo sabía, pero se impuso como meta averiguarlo. Así, tras años de recorrer los caminos, la que debió ser sucesora de su madre en la nueva adenda del Archivo, vio cosas que nadie en su pueblo soñó jamás. Encontró más letras, y un posible significado para aquella que había surgido del huerto de sus padres: una V mayúscula, V de Viaje, de exhortación a caminar sin rumbo. V de reVelación, y de Vaticinio. A medida que Iya cruzaba países y fronteras, recopiló información sobre nodos específicos donde las letras surgían con más frecuencia, y formaban palabras enteras. Encontró un bosque que había crecido sobre la palabra ATROPAR, esculpida en bellos caracteres arábigos. Y un valle donde las colinas parecían ancianos dormidos, que se deslizaban suavemente unos encima de otros al amparo de gigantesca letras de arcilla. Iya tuvo que darse prisa para apuntarlas todas en su cuaderno antes de que las lluvias las deformasen, y en la combinatoria encontró nuevos mensajes: SOPA, SAPO, PASO, POSA...

ERIDANO SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI Nº 21



Sí, a día de hoy Iya sigue caminando... y no se arrepiente de haber dejado su aldea. Pues ahora sabe muchas cosas, cosas que ninguna otra mujer de su familia se atrevió a soñar, y algún día, cuando regrese y pida por fin perdón a su hermanita, las revelará para que entre todas escriban la mayor adenda que el Archivo hubiese conocido. Aquella que hablará de otros países y otras culturas, de gritos de piedra y horizontes literarios...

Algún día iba a volver... cuando no quedara más remedio.



1. STANTON DECLAMA

Museo Aventino, Florencia. 23 de mayo de 2009.
Stephanie entró taconeando en el vestíbulo. Paseó entre columnatas de mármol y cariátides de rostros agrietados siguiendo al bedel, que la condujo más allá de las alas reservadas para los turistas hasta las oficinas de la segunda planta. El museo Aventino estaba construido para que su perfil exterior semejase una enorme tortuga en reposo, guiño a los estilos tesalónicos que se traducían en una incómoda ubicación de los ascensores.

El bedel la dejó a la entrada de una oficina con la puerta de vidrio. Stephanie tableteó con los dedos en el cristal. Una voz la invitó a pasar.

La estancia era pequeña y con tuberías en el techo. Recordaba un habitáculo para oficinistas extraído de una película de Terry Gilliam. La mesa central, ante la cual estaban sentados dos hombres, sostenía un ordenador conectado a una antigua moviola de cine. Ninguno se levantó para cederle el sitio.

—¿Es usted la señorita Ogle? —preguntó el más joven, un italiano con acento del sur y perilla cortada a franjas.

—Señora —corrigió ella. Se sentía algo desilusionada. Había esperado algo mejor como comité de bienvenida—. Pueden llamarme Stephanie. Supongo que usted será Berto.

—No —intervino el segundo, y esta vez sí se levantó—. Berto soy yo; él es Pietro. Es un placer conocerla, doctora. Nos han hablado mucho de usted.

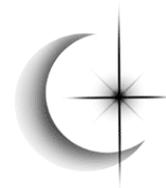
—Gracias. Disculpen mi sorpresa, pero esperaba encontrar al profesor Vittorio Bracci.

—Unos problemas de salud le han impedido abandonar Perugia, pero nos avisó para que conectáramos por videoconferencia con él en cuanto usted llegara. Si lo desea podemos empezar.

—Adelante.

Stephanie se sentó en la silla que había ocupado Berto. El cojín estaba caliente.

El segundo hombre lanzó una mirada no demasiado discreta a la fracción de muslo que asomaba por debajo de su falda. Luego pulsó una tecla; la pantalla del Mac se iluminó, mostrando un juego de cartas minimizado y un programa de vídeo. El joven cerró el primero con una combinación de teclas y activó la secuencia decodificadora del segundo.



La moviola graznó. Una vieja película de cine se desenrollaba en sus bobinas, pasando frente a un lector óptico de alta resolución. El dispositivo leía cada fotograma varias veces por segundo, escaneándolo en tiempo real, y mostraba la imagen con las variables cromáticas afinadas en la pantalla.

—¿Le gusta el cine, doctora?

Stephanie asintió.

—Casi todo.

—Cuando llegamos al museo pensábamos que íbamos a rastrear pistas en un cuadro, como siempre. Pero el albarán que nos entregaron correspondía a esta vetusta cinta.

—Estamos trabajando sobre la película original de 1910, producida por la Edison Company —explicó Berto—. Es la auténtica primera versión de *Frankenstein* de la historia del cine. Y la más fiel a la novela, debo añadir. Al menos en lo que se refiere al aspecto del monstruo.

El ordenador mostró a un actor de cine mudo vestido con andrajosos ropajes de lana, larga cabellera enmarañada y manos de dedos nervudos. La escena en cuestión le contemplaba vagando por un cementerio, hablando con las lápidas como si pudiese ver a la gente que yacía debajo. Cada treinta segundos aparecía un cartel en inglés con tipografía barroca que mostraba al público sus diálogos.

—El magnate acostumbraba a no acreditar a los artistas que tenía en nómina —comentó Pietro—. Por eso a esta obra se la conoce como *el Frankenstein de Edison*. Hemos tenido que acudir a los registros de la época para seguirle la pista a sus responsables.

—¿Dónde encontrasteis la bobina?

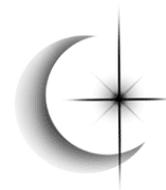
—Del original sólo queda un rollo de quince metros con apenas veinticinco planos, aunque se rodó una continuación de cuatro minutos. Hallamos ésta en una colección privada.

—¿Y qué habéis descubierto?

Berto le mostró sus notas.

—Poca cosa. Sabemos que el guionista de la película, Charles Mantino, escondió pistas a lo largo del metraje sobre la verdadera identidad del hombre que estamos buscando. Los masones le obligaron, como hacían con la mayoría de sus afiliados que practicaban algún arte perdurable. Ellos pensaban que el soporte en cinta iba a durar tanto como los cuadros de los pintores famosos.

—¡No tenían ni idea de lo efímero que podía llegar a ser el cine! —rió Pietro.



Su compañero detuvo la imagen y utilizó el escáner para ampliar el margen del fotograma.

—Con explorarlo una vez bastará. Luego quedará almacenado en el disco duro.

Impresa en la base de piroxilina aparecía una diminuta sucesión de marcas de sulfuro de plata. Era un esquema de puntos separados por espacios, un código binario al estilo de las señales de humo indias.

—¿Sabías que el inventor de la cámara de cine fue un tipo que trabajaba para Edison, un tal Dickson? Estas primitivas películas se rodaron con su kinetógrafo patentado. —Berto mostró la ampliación de las marcas—. Descubrimos este código hará una semana. Desde entonces investigamos su significado, pero no hemos podido extraer nada relevante.

Stephanie las contempló con suma atención.

—¿Sabéis a qué corresponden?

—Sí —confirmó Pietro—: Son una partitura.

La doctora alzó las cejas.

—¿Música?

—Para el pianista. Verá, Edison era tan exacerbadamente tacaño que ahorraba hasta en el papel. Obligaba a sus montadores a trabajar como esclavos copiando la partitura de la película en la banda anexa a los fotogramas para ahorrarse imprimir las copias del libreto. Total, ellos curraban el mismo número de horas y cobraban lo que él les ofrecía, sin rechistar.

—A continuación, el músico contratado por la sala de cine extraía el código y lo volvía a traspasar con extrema paciencia al pentagrama —bufó Pietro—. Un trabajo de chinos. Y hoy en día ponemos el grito en el cielo si nuestros ordenadores se retrasan dos segundos en cargar los programas.

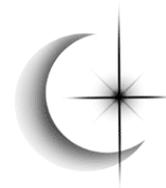
—Cada generación tiene sus neuras —dijo la doctora—. ¿Habéis transcrito la melodía?

—En eso estaba el profesor Bracci cuando usted ha llegado. Ah, aquí le tenemos.

La ventana de videoconferencia se maximizó. Una pequeña webcam situada sobre el monitor les apuntó, mientras el rostro de un anciano de setenta años llenaba la pantalla. Su cabello cano, raya a la izquierda, descolgaba sendas patillas el doble de largas de lo habitual por delante de las orejas.

Al ver a la doctora dibujó una amplia sonrisa.

—¡Stephanie!



—Hola, Vittorio. Es un placer verte de nuevo.

—El placer es nuestro porque hayas venido, te lo aseguro. Muchachos, no sabéis la suerte que tenéis al disponer de la doctora Ogle para que os eche una mano.

—Venga, que me vas a hacer sonrojar.

—Lo digo en serio. —Miró a los dos jóvenes—. Chicos, tenéis delante a la mujer más sagaz que ha trabajado para la organización. Ella solita descifró los manuscritos de Rahmala hace dos años, ayudándose sólo de un diccionario de etrusco y un goniómetro.

—¿Un goniómetro? —se extrañó Pietro.

Ella hizo un gesto de transición a temas más importantes.

—Infórmame. ¿Qué esconde esta partitura?

—Nada. Son sólo notas. La he hecho revisar por expertos en criptografía y por unos cuantos músicos, y no han descubierto ningún patrón. La única conclusión es que se trata de un *poderié* lúgubre hasta para su época.

—Quiero ver toda la cinta.

Los minutos trazaron lentas circunferencias en su reloj mientras visualizaba los fotogramas de película una y otra vez. El guionista, Charles Mantino, había recibido órdenes el diecisiete de junio de 1909 de esconder un mensaje en ella por parte de la cúpula masónica, a la que pertenecía. Era una práctica habitual entre las sociedades secretas de la época: tenían prohibido usar la palabra escrita para transmitir sus conocimientos, así que empleaban otros medios. Stephanie y su grupo habían descifrado ochenta y seis mensajes relacionados con los conocimientos secretos de las sociedades europeas del medioevo durante los últimos siete años, y en ninguna ocasión había sido fácil.

Como había explicado Berto, la película estaba incompleta. Faltaba toda una parte en la que se relataba el primer viaje del monstruo a la Antártida. Stephanie había leído *Frankenstein o el moderno Prometeo* cuando era adolescente, y no recordaba que la autora relatase explícitamente la destrucción de la criatura. Más bien sugería que quedaba atrapada eternamente entre los hielos del fin del mundo, hablando con el cadáver de su creador sobre los misterios del mundo, ya que a diferencia de los seres humanos su cuerpo no podía volver a morir. Disertaciones sin fin en torno al motivo de la existencia que no serían recogidas por libro alguno.

Un final muy romántico para Dios y su creación más fallida, pensó.

Stephanie procuró fijarse en todos los detalles: la vestimenta del actor, los decorados, los títulos que aparecían impresos en pantalla... Todo había sido chequeado por el equipo formado por los jóvenes italianos, pero podía



haber algo que se les hubiera pasado por alto. Un dato que no fuera apreciable a simple vista.

Tiene que estar ante nuestras propias narices, aunque jodidamente bien escondido. Mantino era un tipo inteligente.

Pasó una hora. El profesor Bracci bostezó y se retiró a visitar el excusado. En la pequeña habitación del museo comenzaba a hacer calor, y la doctora advirtió que las miradas de soslayo de Pietro a sus piernas eran cada vez más frecuentes.

Estaba de mal humor. Odiaba los misterios que se le resistían.

—¿Hace algo esta noche, doctora? Conozco un pub donde sirven un licor de fresas que está para chuparse los dedos.

—¿Estás tratando de ligar conmigo, jovencito?

Pietro puso cara de tonto.

—Sí...

Stephanie iba a replicar cuando advirtió algo, un detalle que hasta ese momento se le había pasado por alto. Detuvo la reproducción del material escaneado en un fotograma, luego retrocedió quince segundos y pulsó reproducir.

La escena mostraba al actor que encarnaba a la criatura, Charles Stanton, declamando su diálogo con expresión afectada y las manos alzadas hacia la Luna. Según los títulos, acababa de descubrir que no había sitio para él entre la sociedad de los hombres y se lamentaba de su horrible suerte.

—¿Qué ocurre? —preguntó Berto—. ¿Qué ha visto, doctora?

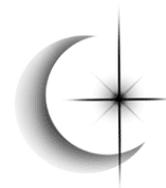
—Aún no estoy segura. —Redució la cadencia de fotogramas a tres por segundo—. Fijaos en los labios de Stanton.

La imagen se movió con lentitud, entrecortadamente. En las películas de principios del siglo veinte las cámaras eran incapaces de filmar más de doce planos por segundo, menos de la mitad que sus homónimas de la actualidad. Por eso al reproducirlas los actores se movían a gran velocidad. Era como si el ojo del cinematógrafo sólo pudiese apreciar un instante de cada tres.

El actor, siguiendo la costumbre de la época, exageraba mucho sus gestos y declamaba vocalizando su diálogo, a sabiendas de que el público tendría que leerlo segundos después. Era menester, sin embargo, que los actores *hablasen* para dotar de mayor verosimilitud a su interpretación (nadie se creería que dos personas están dialogando si no se les ve mover los labios).

Stephanie leyó lo que supuestamente decía la criatura y sonrió.

ERIDANO SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI Nº 21



No era lo mismo que estaba declamando el actor.

—Los diálogos impresos en pantalla no se corresponden con lo que está diciendo Stanton —exclamó—. Fijaos. Incluso a través del maquillaje se le nota. Demos gracias al cine mudo y su sobreactuación.

—Podría estar recitando cualquier cosa —objetó Berto—. Si Stanton no recordaba los diálogos podría decir números en voz alta, o nombres de flores. Lo importante era que el público le viera mover los labios.

Bracci volvió a situarse frente a la webcam.

—¿Habéis hecho algún descubrimiento?

—Espera un segundo, Vittorio —pidió la doctora, ampliando el segmento de imagen que englobaba los labios del actor—. ¡Eso es! —golpeó la mesa—. Durante toda la escena dice una sola frase, repetida una y otra vez. Y también en las escenas posteriores.

Berto consultó la biografía del actor.

—Aquí dice que Stanton procedía del mundo del circo, y que no sabía leer. Probablemente el guionista se sentaba oculto tras alguna parte del decorado y le iba dictando las frases.

—Vittorio, ¿conoces a algún lector de labios profesional?

El profesor asintió, entusiasmado.

—Podría encontrar uno en dos horas.

—Pues ponte a trabajar —decidió Stephanie—. ¡Bravo por Mantino! Supo deducir que si había que colocar una frase importante en una película como ésta, era en boca del monstruo donde mejor estaría.



2. SOLITUDES

Hotel Rossmour, Florencia. 24 de mayo de 2009.

La vida de una investigadora no estaba exenta de peligros. No eran amenazas del tipo que aparecían en las películas, con hombres uniformados cargando pistolas en las sobaqueras, trata de blancas o arriesgadas fugas en camión por la frontera cuando era imposible escapar de algún régimen por la vía diplomática. Era más bien... algo peligroso pero trivial, como el desafío que Stephanie había encontrado aquella mañana en el hotel, nada más levantarse. Algo que había puesto a prueba su paciencia y su temple como mujer moderna y segura de sí misma.

Había un pelo en la toalla de la ducha.

Era uno de esos pedacitos de cabello retorcidos, muy negros, con un punto blanco en la raíz en el lugar donde falló la argamasa. Un destello de carencia de higiene que podría haber escapado del campo de concentración de una cabeza, una barba descuidada, o (glup) aún peor, de alguna zona púbica.

Era inadmisible que algo así sucediera en un hotel. Ella había estado muchas veces en Italia y siempre la habían tratado maravillosamente, con un cuidado exquisito en lo tocante a la limpieza de las habitaciones y los enseres de baño —salvo aquella vez que rodó la cama para buscar una lentilla y se había encontrado con un paquete de galletas a medio comer, que el anterior ocupante había dejado en el punto muerto de la aspiradora. Otro episodio de las aventuras de Stephanie Ogle en la horrible guarida de los *tres estrellas*. Aquello era un error humano, de ésos que todos se supone que tenemos, pero que siempre rechina cuando te toca a ti encontrártelo. Cuando salió al pasillo y miró en ambas direcciones, buscando una puerta abierta y un carrito que delatara a la mujer de la limpieza, tenía el cabello todavía mojado y una bata (también del hotel, aunque revisada centímetro a centímetro en busca de otros «errores humanos») por toda cobertura contra el frío. En sandalias, Stephanie salió al pasillo, avanzó dando zancadas hasta el carrito y miró dentro de la habitación.

La asistenta, una chica polaca de ojos profundamente verdes y nariz pequeña y bonita, la saludó en una lengua que parecía una mezcla de italiano y algún dialecto eslavo.

—Esto... hola, buenos días —comenzó Stephanie, cerrándose la bata por el escote—. No sé si se encargará usted de limpiar mi habitación...



—Buenos días. No, señora, yo llego hasta el ciento veinte —respondió la joven, señalando los números dorados de la puerta—. ¿Desea algo?

—Sí, bueno... —Le mostró la toalla, aún doblada. El conocimiento tácito de que atrapado en su interior estaba todavía aquel trocito de culpa le revolvió un poco el estómago.

—¿Quiere que se la cambie?

—Si me hace el favor...

—*Tak* —sonrió la joven, y extrajo otra toalla limpia del carrito. Se la tendió con una sonrisa y esperó por si la cliente necesitaba algo más de ella. Stephanie le devolvió la sonrisa y se retiró. Sentía unas ganas perentorias de abrir la toalla allí mismo, extendiéndola bien, y comprobar que no llevara otro furtivo asido al algodón, pero habría sido de mala educación. De todos modos, en cuanto cerró la puerta a su espalda la examinó palmo a palmo.

Estaba limpia.

Suspiró. Se quitó la bata por fuera del baño y, desnuda, estuvo correteando de un lado para otro buscando entre el neceser y los bolsos los enseres que necesitaba (peine de púas, gel, mascarilla y... ¿dónde demonios estaba esa maldita traba?). Odiaba las trabas para el pelo: no importaba cuánto esmero pusiera en tratarlas bien, en llevarlas en algún lugar cómodo donde la presión de la maleta no las aplastara, que siempre se les acababa partiendo algún diente. Por eso Stephanie nunca se traía de las suyas, las que tenía en casa: una de las primeras cosas que hacía en su lugar de destino era pasarse por un supermercado y comprar una provisión de dos o tres, de colores chillones o con pulpitos dibujados, que le durasen todo el viaje. En esta ocasión había encontrado además una colonia, de una marca que no había usado nunca, en una tienda con nombre bíblico y un escaparate lleno de figuritas de cera. La probaría si lograba sobrevivir a las condiciones higiénicas del hotel.

Fue más o menos en ese momento cuando su móvil despertó del letargo. Hastiada de tantas interrupciones en su largo camino hacia la ducha, lo sacó del bolso y comprobó el número. Era el prefijo del museo. Desconectó la función cámara y se lo puso al oído.

—¿Quién es?

—¿Señorit... señora Ogle?

—Ah, hola, Berto, ¿cómo va la investigación?

Al otro lado se escuchó un tableteo de dedos sobre un teclado.

—Mejorando, ya tenemos algo. Hemos analizado con ayuda de un experto los movimientos de los labios de Stanton.



—¿Y...? —lo animó, agitando los brazos aunque él no pudiera verlos. Odiaba cuando la gente se hacía la interesante.

—Dice algo de un tesoro guardado en una vieja mansión. Tuvimos dudas sobre si realmente estaba declamando unas líneas de diálogo, o si estaba usando una especie de código.

Stephanie volcó su cabello sobre los hombros y se enredó unos bucles en el dedo, como siempre que pensaba.

—¿Una mansión? ¿Qué mansión?

—Pues... no lo sé. Creía que la palabra clave aquí iba a ser «tesoro».

—Encuentra antes que nada el lugar donde se esconde, amiguito, y la naturaleza del premio te será revelada en todo su esplendor.

Berto hizo un chasquido con los dedos.

—¡Ah! Esa es una frase del Padrino, ¿no? —Añadió un punto de carraspera a su voz—: La familia es lo que importa...

—Este... sí, del Padrino. —En realidad era de *El chico de Shropshire*, de Housman, pero no iba a iniciar una discusión por semejante tontería—. ¿Stanton añadía algún detalle extra, algo que nos pueda indicar a qué mansión se estaba refiriendo?

—No, pero hace un gesto raro en su actuación. Entre el fotograma ciento treinta y ciento cuarenta y ocho, de esto se dio cuenta el profesor Vittorio, el actor se empeña en repetir la frase «espejos revelarán la epifanía», mientras señala a una flor.

—Espejos... —Dos vueltas más de su dedo y el bucle dio lo más de sí que pudo—. No puedo creer que... —Se interrumpió a sí misma, mientras paseaba con los pies descalzos. El neceser cayó de la mesita y dejó ver la traba que estaba buscando, con un diente roto—. No, espera, es imposible. Su rastro se perdió hace demasiado tiempo.

—¿De qué habla, doctora?

—Olvidalo. ¿Qué tipo de flor era la que señalaba?

—Un jazmín blanco.

Jazmín. Como en el lábaro de la Orden Terciaria, pensó.

—Gracias, Berto. Avísame cuando tengáis más datos. Y dile a Vittorio que estaré investigando la posible localización de esa mansión, si es que aún existe.

—¿Pero cómo diantre...? —La voz del muchacho se cortó en seco cuando Stephanie apagó el móvil. Lo sostuvo entre sus dedos unos segundos, paseándolo del índice al pulgar, mientras su cerebro cavilaba.

ERIDANO SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI Nº 21



El jazmín tenía un significado especial para muchas organizaciones esotéricas. Era, al igual que el crisantemo o la rosa, una planta de referencia para los grimorios, aunque de las páginas copiadas a mano por los sacerdotes de la Edad Media había trascendido en algún momento para ocupar un lugar destacado en los blasones.

El origen de todo ello había que buscarlo en los preparados de los antiguos alquimistas: más allá de su dimensión simbólica, Stephanie sabía que determinadas plantas arbustivas añadían aceites, ésteres y aldehídos a las mixturas de los primeros químicos, por lo que eran muy apreciadas. Conocía la anécdota referida en un antiguo códice que tenía como protagonista a sir Ortelius Manfraad, un terrateniente con rango de barón que había asistido a San Benito de Nursia en Montecassino. Ortelius, además de estratega y administrador de fincas, era también un hombre de ciencia. Sus experimentos alquímicos dieron frutos sorprendentes, allá en su época, pero se perdieron durante la revolución de los Broddos. Algunas organizaciones, entre ellas la masónica, habían perseguido el legado de Ortelius durante siglos, esperando encontrar en algún manuscrito que milagrosamente pudiera haberse salvado de la quema uno de esos secretos fundamentales que tanto les gustaban. Por supuesto, el barón había usado habitualmente los jazmines, y si la leyenda era cierta llegó a pagar una cantidad indecente de dinero a un joven pretendiente para que le donase el ramo que en ese momento llevaba a su novia, pues su experimento no podía esperar la visita a la floristería.

¿Podía estar relacionado el secreto que la logia había guardado en aquella película en blanco y negro con alguno de estos antiguos alquimistas, quizás incluso con el mismísimo Ortelius? ¿Estaba señalando Stanton un camino, o dando una pista para descubrir algo importante?

Stephanie se echó el pelo de nuevo hacia atrás. Sin más interrupciones, se dio su ducha y se vistió a continuación para salir. Según la agenda que le habían preparado para ese día, tenía el tiempo justo de entrevistarse por última vez con Vittorio, pasar por el museo para recoger unos manuscritos y salir pitando hacia el aeropuerto, donde la esperaba una butaca caliente en un avión de línea. Pero se iba a saltar esa agenda. La situación requería un tratamiento especial.

Lo primero era averiguar en qué lugar del mundo se encontraba la mansión, si en el Viejo o en el Nuevo Continente. Salió a la calle y buscó un alquiler de coches. La forma de conducir de los italianos era demasiado agresiva para lo que ella estaba acostumbrada, pero si tenía que moverse con libertad fuera de la ciudad (dudaba que los santuarios de la masonería de Florencia estuviesen cerca de Santa Maria dei Fiori) no le quedaba más remedio. Eligió un Fiat pequeño pero manejable, de ésos que tanto le gustaban, y condujo por las calles céntricas, las que mayor posibilidad tenían de que los conductores respetasen los semáforos. Pronto estuvo en la comarca, rodeada

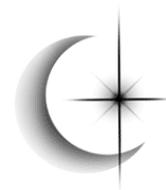


por altos cipreses y con un paisaje de fondo de bellas y ondulantes colinas, sólo perturbado por alguna torre de alta tensión o el cartel luminoso de alguna gasolinera. Adoraba Italia. Era un país tan hermoso como enigmático. Y con tiendas y más tiendas llenas a rebosar de delicioso chocolate negro.

Ahora que lo pensaba, Juan debía de estar trabajando cerca de allí, en Bolonia. Era un antiguo compañero suyo, que había trabajado para la Fundación catalogando pinturas falsas que el resto del mundo tenía por sacrosantos originales. Durante una época ella también estuvo destinada en su departamento, e hicieron buenas migas. Le sorprendía el carácter tan raro de Juan, tan inapropiado para aquel trabajo. Era juicioso pensar que una persona que se dedicaba a estudiar milimétricamente unos cuadros antiguos tenía que poseer un temperamento sosegado, tranquilo, capaz de muchas horas de paciente prolijidad. Nada más lejos de lo real. Juan era el terremoto más dinámico y desastroso que Stephanie hubiera conocido. Siempre estaba haciendo cosas, siempre, incluso cuando no hacía nada. Y siempre le faltaba tiempo: el reloj de pulsera amaranto que nunca se quitaba ya debía de estar desgastado sólo por la cantidad de miradas que le lanzaba a lo largo del día. El minuterero corría, tic tac, y él corría detrás, tac tic, pintando allí, diluyendo acá, escaneando esto y contrastando lo otro. Sí, desde luego tenía que quedar con él, aunque fuese secuestrándole a punta de pistola de su taller, y obligándole a tomarse un capuchino a la sombra de alguna de las boloñesas galerías porticadas.

Pero eso tendría que esperar. Ahora tenía una misión nueva, y le encantaba elucubrar sobre sus implicaciones. Si había alguien en la región que pudiera saber lo suficiente sobre heráldica oculta como para decirle qué casas de alquimistas eran las más afines al jazmín blanco, ése era Pietro Brunelle. Pero no estaba segura de que la recibiera, al menos no sin una escopeta en las manos. La última vez que se cruzaron sus destinos, él había salido perdiendo sin necesidad por culpa de sus errores.

Stephanie rogó porque los años hubiesen convertido a Brunelle en un hombre un *pelín* más comprensivo que lo que era cuando desmembró y des-tripó a todos aquellos sectarios.



3. IYA INMERSA EN ALGO QUE, SIN DUDA, EMPIEZA POR «V»

Iya abrió los ojos y luego despertó. Por ese orden.

Estaba en una sala sin techo, abierta al firmamento, y una pléyade de estrellas se enseñoreaba del poco espacio disponible entre las nubes. El camastro era duro, pero si alguien le había asegurado en alguna ocasión que eso era bueno para la espalda, ahora podría aportar varias razones para destruirle el mito.

Se incorporó hasta quedar sentada. Colocó sus manos en las lumbares y apretó. Clack. Mantuvo pegados los labios para no soltar un gritito. Luego se levantó, hizo pis en la misma jarra en la que había bebido vino la noche anterior y la dejó colocada encima de la mesa, para que la retirase el posadero en cuanto amaneciera.

¿Aún no era de día?

Sí, debía serlo. La luz entraba zigzagueando por ventanas de guillotina con cristales de hojaldre, y se reflejaba en las pupilas de varios gatos. La claridad había invadido la atmósfera en un día apresurado, sin amanecer. Odiaba esos días; tenían tanta prisa por volcarse sobre el mundo que apenas le daba tiempo a Kruanak a esbozarlos. Se le iba a secar la pintura a la bo-nachona deidad en el lienzo como no se diera prisa.

—Bueno, hay que trabajar —se dijo, y su emoción fue sincera. Adoraba su trabajo, tanto que muchas noches se desvelaba pensando en las maravillas que la aguardaban al día siguiente, y cuando llegaba la hora de explorarlas el cansancio le pasaba factura y su rendimiento disminuía. Bajó en enaguas a la calle, se dio un baño rápido en la fuente que había en la plaza junto con otras mujeres, y se puso su mejor vestido. La ceremonia del peinado le llevó otros quince minutos, pero los aprovechó para ir desayunando y leer las noticias en el panfleto local: «Se recrudecen los combates en el sureste. Las tropas de...» Pasó la página de golpe. Odiaba leer noticias sobre guerras o conflictos absurdos. Mientras esas cosas tan horribles no se acercasen a ella, prefería hacer como si no existieran.

El siguiente epígrafe rezaba: «¡Incidente grave en la Llanura Kármica! La distracción de un funcionario parece haber provocado una alteración puntual de la Armonía Spécula, cuyas consecuencias están aún por determinar. Los cartógrafos de la Universidad Kemplar se encuentran ya en el lugar de los hechos, para realizar mediciones y cuantificar los daños. ¿Cuánta Llanura ha quedado expuesta al nefando influjo de la luz que atravesó la Puerta?



Eso lo tendrán que det...» El resto era una repetición innecesaria de los mismos hechos, sólo que con otras palabras. También se incluía una entrevista con el jefe de los cartógrafos, un tal doctor Maximus Costa, quien afirmaba categórico que los cambios en la Llanura eran temporales, y que el paisaje por sí solo volvería a la normalidad en cuanto alcanzase su estado de reposo. A Iya no le convenció lo que pudiera decir aquel hombre, sobre todo (y debía admitir que no era una razón muy lógica) por el ridículo salacot que lucía en la foto.

Al final de la última página había un mini cuento que había escrito un colaborador. Estaba firmado «M.X.» Esto sí que lo leyó con interés: «...*Pues créelo*, dijo Tentetieso a la sombra del león: *es cierto que existe un país de cuento donde no anochece nunca, salvo cuando las nubes tapan el Sol, y no hay rayos en las tormentas ni truenos en los oídos de los niños. Pero entonces, ¿qué tiene de mágico?*, preguntó de inmediato la sombra; *si los niños no se asustan del trueno no añorarán el sol que se esconde tras las montañas invertidas de nubes. Y si no anochece, ¿con qué soñarán cuando duermen, si no hay estrellas que los guíen hasta el otro mundo?* »

Iya sonrió. Era cierto, ella había necesitado de la noche en varias ocasiones para no perderse, y la luz de los relámpagos había contribuido a guiarla por la espesura. No sabía quién era ese tal «M.X.», pero seguro que se había perdido en sueños muchas veces.

Acabó el desayuno. Pagó con 6 Promesas y media al camarero y abandonó la posada. Necesitaba conseguir más Promesas. Al cambio estaban a sólo 1'3 Disculpas, y eso no era bueno para el bolsillo. Pero si el trabajo que la había traído a aquel pueblo resultaba la mitad de lucrativo que lo que esperaba, su bolsa estaría de nuevo repleta y podría pagarse unas sábanas decentes en la siguiente ciudad.

Siguió un camino embarrado que llevaba al ayuntamiento, una casa de adobe con todas las ventanas entreabiertas y de diferente color. Un perro que arrastraba una cadena rota se le acercó, enseñando los dientes, pero no la atacó. Iya se preguntó de qué rayos servía una cadena rota, aparte de para avisar con un tintineo de eslabones de que su dueño te estaba acechando.

La puerta se abrió. Por la descripción que le habían facilitado en la taberna, aquel tipo alto y desgarbado debía ser el mismísimo alcalde.

—¿Qué carajo desea, señorita? —preguntó con un tufillo a alcohol en las tildes—. El ayuntamiento está cerrado. Si quiere denunciar un maltrato, una castración de gallos o un casamiento ilegal, diríjase a la Casa Mayor.

—No es nada de eso —aclaró, resignada. Siempre la confundían con la típica mujer casadera o en ciernes. ¿Es que acaso no se le notaba en el mentón que era extranjera? ¿O en las patillas?—. Soy la Siglamante. Usted



me dejó un mensaje en la taberna anoche para que viniese a verle por la mañana.

El hombre dio un respingo. Sí, ya, que si soy demasiado joven, que si no tengo pinta de Siglamante, a pesar de que nunca en su vida ha visto ninguna... Iya se conocía la cantinela. El alcalde se recuperó pronto de la sorpresa y la invitó a pasar, destilando amabilidad y... más tufo a alcohol. Era un hombre entrado en los cuarenta, de barbilla feroz y ojos demasiado juntos. Todo en su rostro estaba tallado con premura, desde aquella cicatriz cosida desde dentro de la piel, a una boca cuya colección de dientes parecían arrebatados a diferentes personas.

—Le ruego que me disculpe, señ... señ... —dejó abierto el sufijo para que ella lo rellenase.

—Señorita.

—Ah, claro. Por supuesto. Perdome mi reacción, pero es que nunca...

—Lo sé. Si le parece, vamos al grano. Mi tiempo es oro —acotó Iya, adoptando esa pose seria y cortante que, a pesar de resultar inapropiada para hacer negocios, todo el mundo echaba de menos en alguien con su profesión.

—Sí, claro. —El alcalde se frotó las manos—. Discúlpeme otra vez por mi torpeza. El asunto que nos ocupa tiene que ver con la granja de la vieja Ehrme. Ella y sus cinco nietos...

Iya sacudió la cabeza, impaciente.

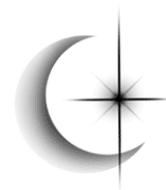
—No, ese «grano» no. El *otro*.

El alcalde tardó un segundo en comprender.

—Aaaahh... claro. Ya no le voy a pedir más disculpas porque parecería, eh... —Tosió, sin molestarse en ocultar la boca—. Desconozco cuáles son sus honorarios habituales, pero había pensado en pagarle cuatrocientas Promesas por su trabajo. Sé que no es mucho, pero el pueblo no puede permitirse un desembolso mayor. Ése era el dinero que teníamos reservado para remodelar el puente, de hecho, el año que viene.

—Uhm, es poco, tiene razón, pero en este caso aceptaré. —Sonrió Iya falsamente, pensando para sus adentros: *¡Uauh, cuatrocientas! ¡Sí que voy a poder pagarme sábanas limpias, y tal vez incluso un masaje de esos tan güarros con barro y baba de caracol!*—. Ustedes me caen bien. Hay buen vino en la taberna. Quien gestiona unos viñedos así no puede ser mala gente.

El alcalde se deshizo en agradecimientos y halagos durante los siguientes diez minutos, mientras acompañaba a Iya a la granja en cuestión, y le entregaba la mitad del dinero por adelantado. Durante todo el camino, Iya se lamentó por la ignorancia de aquellas pobres gentes, que eran capaces de pa-



gar una gran suma de dinero a un supuesto sabio (cantamañanas errante, se calificaba a sí misma cuando tenía días malos) con tal de que los «librara» de la maldición de las letras. Pobres idiotas. No tenían ni idea de que aquello que consideraban una maldición, en realidad era uno de los fenómenos más increíbles que estaban ocurriendo en ese momento en el mundo. Más importante que las salidas de tono de la realidad en la Llanura Kármica. Pero la gente lega no entendía. Una vez intentó explicárselo a los dirigentes de una ciudad de ganaderos: que aquellas letras no eran una maldición desatada por un antiguo demonio, sino un grito hecho piedra del alma del planeta; que la Naturaleza quería decirles algo importante y para ello estaba aprendiendo el lenguaje de los hombres, etc. No le hicieron el menor caso. Lo único que consiguió fue que anularan el contrato, y pudo considerarse afortunada porque la hubieran dejado marcharse sin acusarla de brujería y quemarla en un poste. No, con la gente inculta no se podía razonar, así que Iya había decidido adoptar el papel de sabia viajera, poderosa Siglamante, que recorría los caminos buscando aquellas expresiones de brujería de la tierra, y «liberaba» a los pueblos afectados de su influjo.

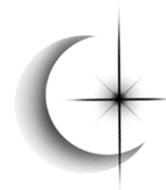
A cambio, claro está, de un módico precio. Hasta las Siglamantes tenían que comer.

La granja de la vieja Ehrme era tan desorganizada, sucia, apartada y repelente como su dueña. Se trataba de un pedazo de terreno cultivado en la misma falda de un barranco, con una casa colgando a media altura de unos postes que debieron haber sido reparados hacía cincuenta años, y unas vides tan descuidadas que más que dar uvas eran un festín gratuito para los lagartos. Cuando Ehrme salió de debajo de su sombrero para recibir al alcalde, ni siquiera se molestó en mirar a Iya. Sólo señaló su amado y maloliente pedazo de barranco, y dijo:

—Mis nietos han cogido lagartos de dos cabezas. Cinco en las últimas dos semanas. Y se me han muerto todos los gatos cuyo nombre empezaba por «J».

El alcalde hizo una señal sobre su hombro destinada a protegerle de los malos espíritus y se retiró unos pasos. Iya paseó por el viñedo mirando atentamente el suelo, buscando los clásicos vestigios de magia que solían acompañar la aparición de las letras. Uno de los nietos de Ehrme, un niño sucio y feo que apenas levantaba doce años del suelo, la siguió durante todo el tiempo. La ponía nerviosa, siempre rascándose la cabeza de una forma compulsiva. ¿Habría una invasión de piojos en la casa de Ehrme? No le extrañaría en absoluto.

En efecto, por todas partes había vestigios. Y bastante evidentes. Malformaciones en los insectos y en las formas vivas menores, cambios de color espontáneos en las rocas y formación de cristales de hielo con mensajes



ocultos. No cabía la menor duda: en aquel lugar se habían manifestado con fuerza las letras. Pero... ¿dónde?

Extrañada, Iya miró en todas direcciones. Buscó al fondo del barranco y en las inmediaciones de la granja. No había ni rastro de ellas. Los síntomas estaban, pero la enfermedad no.

Y aquel niño seguía poniéndola nerviosa. Scrach, scrach.

—Está bien —dijo, regresando junto a la vieja—. ¿Dónde ha visto usted las letras, señora? Algo así no es fácil de ocultar.

Ehrme la miró a través de las grietas de su sombrero. Estaba claro que ella no le gustaba en absoluto. *Odias la juventud y la belleza, ¿verdad? Pues el sentimiento es mutuo, vieja momia*, pensó.

—Tienen que estar por ahí. —Hizo un gesto hacia el barranco—. Por ahí.

—Las letras suelen tener una altura superior a la de un caballo y pesar como tres reses juntas. Son muy fáciles de ver. Y yo no las he encontrado por ahí abajo.

—Están por ahí —repitió la vieja con terquedad—. Por ahí.

—Señora. —Iya se acuclilló frente a ella para buscar sus ojos bajo el ala del sombrero. La mujer se sentó en una piedra para ponerle las cosas más difíciles—. He visto las señales, igual que usted. Lo admito. Pero si hubiera letras estarían aquí, en mitad de su viñado o dentro de su establo. Se haría más que evidente su presencia, ¿no cree?

—Por ahí, por ahí.

Iya suspiró. Iba a pedirle al alcalde que volviese al pueblo a por unos cuantos voluntarios que la ayudasen a buscar (y una infusión para tomarse ella) cuando vio algo. Fue un destello de claridad, pero suficiente como para que atara cabos.

Clavó los ojos sobre el feo nieto de Ehrme. El niño dejó de rascarse un segundo, mirándola a ella.

—¡Cójalo! —gritó cuando el chaval salió corriendo. El alcalde le puso la zancadilla y el chaval tragó barro. Luego lo sujetó por una pierna para que no huyera, como a los cabritillos.

—¿Qué ocurre? —preguntó el alcalde.

Entusiasmada, y sorprendida a la vez, Iya se acercó al muchacho. Con extremo cuidado le separó la greñas, tratando de recuperar lo que él mismo había arruinado tras horas y horas de rascarse el cuero cabelludo.



Allí estaban. Las letras. Impresas en forma de cabello entrelazado, creciendo en el huerto de aquella melena juvenil, la esencia de su misterio rutilando al quedar expuesta.

Ahogó una exclamación. Era la primera vez que se encontraba con un prodigio semejante. ¡Las letras ya no sólo crecían de la tierra! ¡Ahora arraigaban también en los seres vivos! ¿Era un síntoma de evolución, o de que la Naturaleza ya no tenía fuerzas para esculpir las en roca, y buscaba materiales más blandos?

¿Evolución o involución?

—Señorita, ¿qué ocurre? —preguntó el alcalde, nervioso—. ¿Le pasa algo a ese crío?

Iya no respondió. Extrajo una libreta de notas de su mochila, con las tapas en cuero negro y unas letras doradas en el lomo, y comenzó a apuntar. Sí, aunque «la nueva manifestación se opone a todos los principios que hasta ahora dábamos por sentados, no por ello deja de ser válida. También hay una interpolación lógica de caracteres en este nuevo tipo de grafía.» Revolvió el pelo del zagal y notó que «las palabras son pequeñas pero más abundantes que en la orografía mineral. Es la primera vez que vemos algo parecido a una frase completa, lo que nos podría aportar pistas de gran valor sobre cómo se establece la sintaxis. Esto podría abrir puertas hasta ahora vedadas a los estudiosos hacia el análisis del idioma que la Tierra emplea para hablarnos.»

El alcalde y la vieja la miraban acongojados. Iya se puso en pie y se sacudió la tierra de la falda, satisfecha.

—No tienen por qué preocuparse de las maldiciones. Con que le rapen el pelo a este crío se solucionará. No creo que le vuelvan a brotar palabras en la cabeza. —Frunció el ceño. El niño la miró con asco.

—¿Qué va a hacer usted?

—Parto de inmediato hacia Esphix. Allí vive una persona a la que le tengo que consultar sobre todo esto.

—¿La ciudad de Esphix? ¡Pero si está al otro lado del país!

Iya le guiñó un ojo.

—Entonces será mejor que parta de inmediato, ¿no? La primera etapa de un largo viaje empieza por un simple paso...



4. SECRETOS Y MENTIRAS

—Hola, Pietro. Si vas a dejarme esperando por uno de tus comentarios sarcásticos, que no sea en el zaguán, ¿vale?

El hombre contempló a Stephanie con una expresión de absoluta incredulidad en los ojos. Casi no la reconoció con aquel pelo rubio y el traje que se le pegaba a la piel como una capa de esmalte. Era una beldad muy distinta de la superviviente de cara sucia y maquillaje corrido de la última vez.

Su boca comenzó a dejar escapar el aire en la forma apical que su primera consonante merecía, pero ella le cortó en seco dándole un sonoro beso en la mejilla.

—No me dirás que no te alegras de verme, después de tanto tiempo... —sonrió.

—¡Stephanie!

—Te sabes mi nombre. Eso ya es algo.

Brunelle juntó las cejas hasta que el reborde de los ojos se le curvó hacia dentro. Era un hombre de cincuenta años, regordete, con ese aspecto de llevar horas aporreando una máquina de escribir tratando de parir algo artístico, experimentando con no se sabe qué jerigonza y sobrio como un pescado. Su oficina estaba en un tercer piso, sin número en la puerta y con un archivador de película de cine negro ocupando un espacio mal diseñado entre dos ventanas. Había otra persona con él, una joven de pelo verdense que ensayaba la venia delante de un espejo.

—¿Qué coño estás haciendo aquí? —preguntó Brunelle, buscando desde el primer momento (y a la defensiva) ciento y un significados ocultos en aquella visita—. ¿No estabas en España?

—Asuntos de trabajo, como siempre. ¿Te lo cuento de verdad... o sólo estás deseando encontrar una excusa para cerrarme la puerta en las narices?

El hombre bufó.

—Te mereces mucho más que eso, zorra desvergonzada. ¿Cómo te atreves a venir a tocar en mi puerta después de lo que me hiciste?

Stephanie se ruborizó. Esperaba esa reacción, pero no que ella realmente fuera a quedarse sin palabras. La joven del pelo verde, de fondo, ni siquiera los miraba. Seguía repitiendo el mismo gesto una y otra vez, como un autó-mata, y en cada ocasión lo refinaba imperceptiblemente.

ERIDANO SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI Nº 21



—Lo de aquella sectita de nada era algo que podías manejar sin problemas, Pietro, no me vengas ahora con falsos rencores. —Hizo como que se enfadaba—. Pudiste escapar de allí sin problemas, ¿no?

—¿«Sectita de nada»? ¡Stephanie, casi me cuecen al vapor y me dan a comer a los cerdos!

Ella gesticuló como si fuese una nadería.

—Vamos, un aventurero curtido como tú... Supuse que tendrías algún as en la manga que te sacaría de aquello sin un rasguño, como de costumbre. Yo tuve que salir del país cagando leches, o me habría pasado siete años en una cárcel de mujeres.

Por toda respuesta, Brunelle se desabotonó la camisa y le enseñó su pecho izquierdo, donde una fea cicatriz contaba historias terribles sobre tortura y hierros candentes. Y lo de pecho era literal, pues por un problema de hormonas y descompensación de la tiroides había desarrollado unos pequeños senos de mujer, feos y arrugados, rematados por pezones grises.

Stephanie suspiró. Vale, puede que su as en la manga le costase algún sacrificio. Brunelle era uno de esos aventureros que parecían sacados de una película de Howard Hawks, solo que venido a menos y con unos cuantos años por encima de la media reflejados en su circunferencia. Era bajito, poco carismático y patosamente atlético. Parecía la antítesis de Allan Quatermain, pero tenía ese aire de saber salir de cualquier aprieto, por duro que fuese, que sólo desarrollaban los auténticos aventureros, los que se han jugado la vida en empresas en las que ningún mortal se metería a sabiendas.

—Vete de mi casa, Stephanie —dijo como conclusión, y con eso estaba siendo más generoso que lo que ella había esperado.

Cuando hizo el amago de cerrarle la puerta, la mujer pronunció un simple nombre:

—Ortelius Manfraad.

Y esperó.

La puerta tardó un minuto en volver a abrirse. Primero lentamente, con desgana; luego lo justo como para dejar entrever la mitad del cuerpo de Brunelle.

—No me jodas, Stephanie.

—O me dejas pasar o tendré que contártelo en el pasillo, delante de todas esas puertas con mirillas. Todos sabemos que los extraterrestres se ocultan tras las mirillas, ¿no?

La hizo pasar y sentarse frente al escritorio. Él se instaló en el antepecho de la ventana. Al principio la miró con sus ojos de huevo duro, pero luego



pareció entender. Sacó una pipa del cajón de su mesa y la relleno. Sabía perfectamente cómo le irritaba a ella ese olor.

—Ayer perdí cien al póquer —barruntó—. Ese bribón del piso de arriba ha depurado su forma de hacer trampas. Es mucho mejor que la mía, tengo que admitirlo.

—Pietro, he encontrado una clave que nos pondría, en el remoto caso de que fuera cierta, sobre la pista de alguno de los códigos de Ortelius Manfraad —explicó ella, yendo al grano—. Los masones debieron encontrar algo, un detalle que se les escapó al resto de las órdenes quirománticas, y lo ocultaron en una copia del *Frankenstein de Edison*.

—¿Qué clave?

—El jazmín. Sabemos que uno de los últimos misterios de la Orden Terciaria era proteger los escritos que el barón redactó en Montecassino, unos años después de la visita de San Benito de Nursia. Si la leyenda es cierta...

—... Benito le contó mientras deliraba unos secretos sobre el Reino de los Cielos que Ortelius recogió en aquellos libros. Como si fuese una conexión pirata con el servidor LAN de Dios. Pero esa historia nunca pasó de mera habladuría.

—Los terciarios y los masones no lo creían así.

—Esos tipos estaban chalados —sentenció Brunelle. Frunció el ceño y golpeó la pipa contra el cenicero, irritado. La mujer del pelo verde también se puso a fumar de fondo, con pequeños cigarrillos que eran todo filtro, como si hubiese captado una orden subliminal de su... ¿jefe? Entre los dos convirtieron la oficina en una cámara de gas.

—Chalados o no —insistió Stephanie, tapándose la nariz con un pañuelo—, se tomaron muchas molestias para ocultar esta información. Piensa por un segundo en las posibilidades: ¿y si Edison tenía razón? ¿Y si los códigos de Manfraad existen, y permiten a quien los lee conocer secretos inconfesables sobre el Más Allá? —Se le iluminaron los ojos.

—Ya, y si en el monte Ararat hubiese un buque de madera varado entre las rocas, podríamos echarle en cara al pobre Moisés-Ziusudra que por su culpa se extinguieron los dinosaurios, por no subirlos a su botecito. Fue el mayor anti-ecologista de la Historia, el sumerio de los cojones.

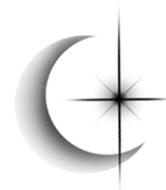
—No te crees ni una palabra de lo que te estoy contando, ¿verdad?

Brunelle estiró los labios en una media sonrisa.

—Estás exigiendo que mueva un músculo que no entreno desde hace años, cariñito, el de la credulidad.

—Querrás decir *esperanza*.

ERIDANO SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI Nº 21



—No mezcles emociones distintas en el mismo bote. Podrían explotar.

Stephanie se quitó los zapatos de tacón y meneó los pies para mejorar su riego sanguíneo. Con los pies desnudos era más baja.

—Pero he aquí, aunque parezca mentira, que lo más importante de todo no es eso —retomó la conversación original.

—¿Ah, no? ¿Y qué es?

—Que Manfraad, más que creyente, era ante todo un hombre de ciencia. Dicen las malas lenguas que usó los conocimientos que extrajo de los desvaríos del santo para redactar unas fórmulas alquímicas... fórmulas que serían el epítome de todo lo que ha permanecido oculto al ser humano desde la creación de nuestro planeta. ¿Puedes imaginar, aunque sea lejanamente, lo que supondría un catálogo de formulación dictado por Dios, que fuera más allá de las fronteras del mundo cognoscible?

Brunelle puso otra vez aquella cara patética, con ojos de caniche enfermo. Su empleada encendió otro cigarrillo con la colilla del viejo y adoptó una pose de furcia.

—No estarás hablando de...

Stephanie sacudió con violencia la cabeza.

—¡Sí! ¡De la formulación telúrica de los milagros! Si los códigos existen, podríamos acabar destilando la apertura del Mar Rojo o del Océano Atlántico en un tubo de ensayo, o la multiplicación de los panes y los peces en una placa de Petrie...

Se hizo un espeso silencio. El antiguo aventurero siguió chupando la pipa un rato más, mientras pensaba. No era un articular heurístico lo que escondía su cabeza, sino un pensamiento deslavazado y caótico, irracional, pero que solía llevar a conclusiones sorprendentes.

Se bajó del antepecho y comenzó a pasear mientras hacía anillos de humo.

—No sé, Stephanie. Es demasiado extremo.

—Es en la quintaesencia de lo extremo donde tenemos que buscar hoy en día la raíz de lo insólito. Todos los demás caminos ya han sido explorados.

—¿Quién te dijo esa gilipollez?

Stephanie sonrió con beatitud.

—Me parece que fuiste tú.

Brunelle tosió, pero logró recuperar la compostura en un tiempo récord. Había pocos tics que pudieran asociarse a un hombre templado como él, pero con los años Stephanie había aprendido a reconocer unos cuantos: el

ERIDANO SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI Nº 21



hecho de fumar en pipa, por ejemplo, era la neblinosa antesala en la que maduraba una decisión importante, por debajo del desván de la desconfianza y sobre el sótano de la curiosidad. También estaba la inusual rigidez de su dedo meñique, pero tenía más que ver con unas ganas locas de comer marisco que con cualquier otra cosa. ¿Por qué marisco, precisamente? Sólo Brunelle lo sabía. Puede que ésa fuera a su vez la señal que traicionase más secretos.

—¿Qué más pistas tienes sobre esto?

—¿Estoy detectando un sutil puntito de interés por tu parte...? — preguntó ella, juguetona.

—No me vaciles, si sabes lo que te conviene. Aún no me has convencido de que nada de lo que me has contado tenga una mínima base real.

—Pero la posibilidad en sí misma es alucinante, concédemelo.

—Jruhnf —(Una especie de carraspeo que resumía tres o cuatro impresiones).

—En la película de Edison también se hacía referencia a una mansión relacionada con la Orden Terciaria. Puede que allí obtengamos más pistas, si es que sigue existiendo.

—Una mansión... —Brunelle se frotó el mentón, caviloso—. Sí, es posible. Los grandes Maestros poseían tierras extensas en Campania. Algunos de aquellos viejos edificios podrían existir todavía. —Afiló los ojos—. Pero no es aconsejable meternos en ese avispero.

—¿Por qué no?

La expresión de Brunelle cambió de nuevo, con una latitud más próxima a los recuerdos nefastos de la época en la que había sido apresado y torturado.

—Los Bordos.

Stephanie dio un respingo.

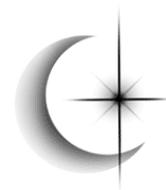
—¿Bordos? No es posible. Sólo son una leyenda.

—¿Cómo los delirios de San Benito?

Ella bajó la cabeza.

—Touché. Pero no me estarás diciendo que hoy en día...

El aventurero no contestó. Se rascó la cicatriz del pecho como si los recuerdos fueran un detonante para revivir todo el dolor y la angustia de las cámaras de tortura de las logias. De entre todas las organizaciones secretas que alguna vez habían operado en Europa, sin duda los Bordos eran una de las más antiguas y más misteriosas. Sus orígenes se perdían en las nieblas



de una era pretérita en la cual no existía ninguna de las religiones que en la actualidad se veneraban en el continente. Algunos historiadores los relacionaban con los cultos prehistóricos del neolítico precerámico, y con la cultura de los palafitos en Bretaña. Pocas pruebas había de la existencia de tan antigua organización, pero una cosa era cierta: eran personas cuyas creencias no comulgaban con nada que existiera en la Era Moderna, y defendían una concepción del ser humano como mero accidente de la Naturaleza. Un accidente que tenía que subsanar sus errores alabando la gloria de dioses cuyos nombres muy pocos sabían pronunciar, y que se empapaban en la sangre de los sacrificios como el antiguo panteón griego hacía en el néctar y la ambrosía.

Gente muy peligrosa, a la que Brunelle no quería bajo ningún concepto volver a encontrar.

—Dentro de la Orden Terciaria hubo dos cismas —explicó, taciturno—. Uno en 1611, en el que los maestros de Córcega trataron de fundar su propia ortodoxia, y otro un siglo después. Huelga decir que ambos acabaron en baños de sangre.

—Había oído hablar del segundo, pero... ¿qué tiene eso que ver con los Bordos?

—Se rumorea... y esto no merece más credibilidad que la que quieras otorgarle... que en el siglo dieciocho unos buscadores de tesoros de la Orden entraron en contacto con un antiguo cónclave Bordo. Al principio debieron considerarlos gente atrasada, fácilmente influenciable, pero pronto se dieron cuenta de la verdad. Los Bordos se infiltraron en las filas de los Terciarios con la excusa de querer asimilar su religión, y lo que hicieron fue parasitarla. Eso fue lo que provocó el segundo cisma.

—¿Quieres decir... que la secta de los Bordos ha sobrevivido hasta hoy camuflada como una rama de la Orden Terciaria?

Brunelle hizo un mohín.

—Es una posibilidad. Desde hace unos años estoy rastreándolos por las claves secretas que han ocultado en algunos tapices de convento. Si realmente están ahí, no me gustaría revolver en su madriguera con un palo.

Stephanie hinchó el pecho para suspirar. Sus tetas botaron sobre el *wonder*.

—Aún así, creo que el riesgo merece la pena —sentenció.

Brunelle sacudió la cabeza. Las emociones se le desparramaban en la cara, hablando de una fuerte lucha interior. Le había ofrecido un pastelito y al nene le gustaba, sólo que el pastelito estaba en un lugar inaccesible, custodiado por hombres malos.

ERIDANO SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI Nº 21



Por fortuna para ella, había personas a las que eso las ponía cachondas.

—Te acompañaré —dijo al fin—, sólo por satisfacer la curiosidad. Si los códigos existen, hasta la hoguera es un mejor destino para ellos que el que los tengan esos energúmenos. Pero te lo advierto...

—Ya, ya. —Stephanie se levantó y se puso un jersey de cuello vuelto de color rojo, muy práctico para viajar y muy efectivo en una rubia—. No te pienso dejar colgado de nuevo, aunque me enfrente a las iras de una secta satánica. Esta vez puedes confiar en mí.

—¿Satán? Ese desgraciado es un recién llegado al barrio, comparado con los dioses a los que adora esta gente.

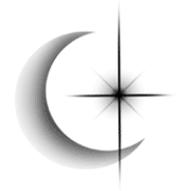
El aventurero sacó unas maletas siempre hechas de su armario y se despidió de la joven del pelo verde, que le hizo la venia. Luego acompañó a Stephanie al garaje, donde tenía su coche, un precioso escarabajo brasileño del 62 sin letras en la matrícula, cuyo portentoso tuning sólo se advertía si le mirabas las entrañas. Brunelle parecía entusiasmado. Costaba creer que apenas unas horas antes Stephanie hubiera tenido miedo de tocar en su puerta.

Aunque en ningún momento pensaba bajar la guardia.

—Iremos a la única hacienda que sé con seguridad que pertenecía a la Orden en los años setenta —dijo Brunelle—. Allí hay un viejo caserón que de vez en cuando recibe visitantes. Pero habrá que sobornar con algo al custodio.

—Déjame eso a mí. —Se miró sus preciosidades—. Estas siempre-erguidas tienen blindaje de silicona.

—Espero que funcionen, por nuestro bien...



5. AVENTURAS, AVENTURAS...

La ciudad de Esphix quedaba lejos, y más si una iba a pie, pero Iya no tenía miedo de las largas distancias, ni de los retos que parecían demasiado grandes para una joven Siglamante. Después de abandonar el pueblo, y tras anotar mentalmente con caracteres bien grandes la nueva posibilidad que había descubierto de expresión de las Letras (eso de escribir en el pelo de un niño, dándole forma tridimensional y aprovechando incluso las inflexiones de los bucles, era algo nuevo y prodigioso), tomó el camino del prado, rumbo a la llanura Kármica. Si lo que había leído en aquel periódico de la posada era cierto, recientemente había habido problemas de coherencia en la zona. Seguro que todo estaba lleno de sicarios de la Universidad Kemplar y fanáticos de los desmanes de la Armonía Spécula. Pero también era el camino más corto para llegar a la ciudad, por lo que no le quedaba otro remedio que tomarlo.

Y siempre podría aprender algo de las grietas que de vez en cuando se abrían a otras realidades.

Durante la primera jornada no encontró a nadie; fue un viaje lento y agradable, bajo un sol anillado con escalas de color. Encontró unas gaviotas tigre acechando entre la hierba alta a las flores (esos temibles depredadores se alimentaban del sonido que ciertas campánulas hacían al abrirse, tragándose, y esperaban junto a los macizos de flores para robarles ese primer grito alegre de virginidad), y a continuación unos peces globo llenos de hidrógeno, que flotaban mansamente arrastrados por la brisa. Esa noche acampó bajo la luz de un árbol lámpara, cuyas hojas devolvían en forma de suave nimbo la luz que absorbían durante el día, y se quedó dormida repitiendo una y otra vez las frases que había leído en la cabeza de aquel muchacho.

Al día siguiente, encontró una bandada de gaviotas tigre posada a su lado y muy atentas, con sus ojos y oídos plenamente direccionados hacia ella. Las espantó con un grito y las aves salieron volando, enfadadas. Al rato comprendió que tal vez estuviesen esperando a que sus ojos se abrieran tras el sueño, esperando para robarle ese sutil aleteo de párpados. Lo malo era que cuando esos incordiantes animales conseguían su botín, el objeto del latrocinio ya no era capaz de reproducir ese sonido nunca más.

Los pájaros se posaron cerca, tras un corto vuelo, e Iya les arrojó piedras para espantarlos del todo y que se marchasen lejos. Luego, de mal humor, arrancó un par de frutos-luces del árbol y buscó agua y ramitas que quemar para hacerse una compota.

Fue entonces cuando vio a los viajeros.

ERIDANO SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI Nº 21



Eran dos, una pareja bien avenida incluso vista a distancia. Vestían unas ropas hechas de colores llamativos, solidificados en hornos especiales y cosidos con hilo de prisma. Uno de ellos era un trip, pues exhibía tres pequeñas protuberancias en la cabeza (dos tubos de carne de escasa longitud que le brotaban de las sienes y uno del centro de la calva), y era más alto que su compañero, un dup, con sólo dos protuberancias psicomórficas. Esas deformaciones del cráneo surgían en algunas razas cuando tenían ideas especialmente radicales, o tomaban decisiones que cambiaban sus vidas para siempre.

Los viajeros, tras divisar a Iya en lo alto del cerro, se acercaron a ella a paso tranquilo.

—Buenos días —dijo el trip.

—Ojalá lo sean —respondió ella—. ¿Vienen de la Llanura?

—Sí, de allí venimos, tan seguro como que mi hermano necesita un poco de compota para no fallecer deshidratado. ¿Tendría la amabilidad, señorita, de compartirla con nosotros?

—Claro que sí —asintió ella, sentándose en la hierba—. Acomódense, por favor.

Los extraños viajeros se dejaron caer junto a la joven. De cerca se les veía realmente cansados, como si hubiesen viajado leguas y leguas sin descanso, al paso tranquilo que les caracterizaba. Y también a esa corta distancia se apreciaban algunos rasgos comunes, que sugería que podían ser familia.

De repente, el dup exclamó:

—Bebe el chocolate, recubre el sol de amaranto. Es la lengua de los insectos lo que los distingue, no por mucho madrugar, de un pretérito imperfecto.

Su compañero le apretó uno de los cuernos, arrancándole un ¡auh!

Luego miró a Iya, y se sonrojó.

—Lo siento —dijo el trip—. Mi hermano sufre de surrealia aguda. Se infectó cuando estábamos en la Llanura Kármica y sucedió... aquello, ya sabe. Pero tranquila, no es contagioso. Si lo fuera yo también estaría diciendo disparates a todas horas —sonrió.

La muchacha los miró a ambos, interesada.

—Mi nombre es Iya —se presentó—, y soy una Siglamante. ¿Quiénes son ustedes?

—Encantado, señorita Iya. Mi nombre es Pat, y este es mi hermano Chou. —Levantó un dedo para señalarlo; el dup creyó que iba a estrujarle de



nuevo los cuernos y se los tapó con las manos, protegiéndolos de más riñas—. No tenemos profesión, pero sí aspiraciones. ¿Le gustaría escucharlas?

—Claro —dijo ella, a sabiendas de que negarse sería una falta de respeto. El trip engoló la voz.

—Yo quiero ser zeppelinista, y mi hermano ha expresado en numerosas ocasiones su deseo de escribir un diccionario cuyas palabras empiecen todas por H intercalada. —Desinfló los pulmones, satisfecho. Eso era todo lo que tenía que hacer para cumplir con su profesión: mantener una ilusión viva y aferrarse a ella, sintiéndose orgulloso al contársela a otra persona. Era un oficio fácil para graduarse, pero escasamente remunerado.

—Muy interesante —convino Iya—. ¿Y dicen que vienen de la Llanura?

Pat le quitó peso a la idea con un gesto.

—Terribles cosas están pasando allí en estos momentos, cierto, pero a nosotros no nos importa. Mi hermano y yo vamos en busca del final de la hilera de reflejos.

—¿Qué reflejos?

—Los que creó la fisura al abrirse —dijo él, como si fuera obvio. Pero luego continuó, como si no lo fuera tanto—: Creo que mi hermano está tallando una varita de Zahorí de reflejos. Él hace de guía hacia nuestro objetivo común.

—Nunca había conocido a nadie que tuviera el poder de seguir los reflejos —se asombró Iya, mirando al enfermo de surrealismo con más respeto, mientras éste observaba embobado el cuenco donde se cocía la compota.

—Es algo nuevo y revolucionario —rió Pat—. Tal vez podamos comercializarlo cuando todo esto acabe. —Señaló desde lejos los cuernos de su hermano, para que éste no creyera que iba a tocarlos y se los tapara de nuevo—. Estoy convencido de que tiene que ver con la simetría de sus bulbos. Están separados formando un arco de gradiente idoneo para canalizar las ondas de los reflejos. Por eso... —bajó la voz—, es imprescindible que no le crezca ninguno más, o la simetría radiomesmérica podría esfumarse. ¿Me explico?

—Eh... le sigo, creo —dijo ella, insegura.

—Por eso hay que mantenerlo alejado de cualquier idea especialmente radical o introspectiva, no vaya a ocasionarle otro chichón de éstos y nos quedemos varados en mitad de ninguna parte.

—Comprendo. —Iya estaba asombrada. Había tenido la suerte de encontrarse con otras dos personas que, al igual que ella, estaban inmersas en una Búsqueda Vital. Una de éstas sobre las que escribían los poetas y que les causaban un inmenso placer al verlas salir de su pluma. Podía ser una señal

ERIDANO SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI Nº 21



de que estaban predestinados a viajar juntos, o también de que este encuentro fortuito bastaría para dejar un improntado en los tres que les serviría para concluir su destino. No había modo de saberlo, hasta que el propio tiempo no les diera, sin presiones ni agobios, la respuesta.

—Anoche, Chou tuvo un sueño con una bombilla que crecía de la tierra, o un árbol que paría luz fosilizada en ámbar, o algo así. En cuanto vimos este hermoso ejemplar —Pat abarcó la frondosa planta con un gesto—, supimos que estábamos en el buen camino.

—Pues... puede que sí que sea una jugada del destino, el que hayamos tropezado a medio camino de nuestras respectivas inquietudes —admitió Iya. Sacó el tazón del fuego y lo aventó un poco para que se enfriara. Luego se lo pasó al impaciente Chou, que lo celebró con un hipido y un circunloquio:

—¡Para llegar hasta el emisor del silbido, los trenes tienen que ser azules, pero nunca más que la quinta franja, nunca!

—Y dígame, señor Pat —preguntó la Siglamante—, ¿se han encontrado por casualidad con algún fenómeno, digamos... de índole literaria en su viaje? Me refiero a si han oído alguna palabra extrañamente acentuada, que antes no se usaba así, o si al leer algún cartel una de las letras con que estaba escrito tenía una forma insólita...

Pat encogió los hombros, peleándose con su hermano por lamer las gotas de compota que colgaban por el exterior del cuenco. El interior todavía estaba casi colmado de líquido.

—Unf, sí —refunfuñó—, o no, depende de lo que usted entienda por «literario». No hemos visto nada que se saliera de lo normal. A no ser que se refiera a lo de aquel valle, claro.

—Claro —repitió Chou, lanzando la palabra entre los dientes porque la lengua estaba fuera, lamiendo la punta de los dedos de su hermano.

—¿Valle? —preguntó Iya—. ¿Qué valle?

—Uno que hay más allá de las Colinas No Estáticas. Pero no creo que le interese. No, sin duda no es lo que está buscando. Aquello no es nada literario, sino más bien geológico.

—Metamórfico, quizá —precisó Chou—. O netamórfico, de neto, de «cuidado con los cereales agresivos, niños», y el «ya os lo dije» de después de los vendajes...

—¡Cállate ya, soplamocos! —Pat le retorció de nuevo los bulbos. Chou sollozó como un niño y empezó a recitar al revés la tabla del 11, a toda velocidad. Al llegar al 11x0 rebotó y comenzó a destejerla en sentido contrario.

ERIDANO SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI Nº 21



—Por favor, inténtenlo —insistió Iya. Algo le decía que aquella pareja de hermanos esquizoides sabía más sobre el asunto que lo que aparentaban.

Pat suspiró.

—Está bien. Pero ya le prevengo que no le va a servir de nada. Será una información inútil que ocupará un espacio de aproximadamente diez galones de aire en su cerebro, y que...

—¡Dígame!

Pat se cubrió con los brazos, como si ella fuera a lanzarle la compota, y dijo apresuradamente:

—¡Vale, vale! Ocurrió al tercer día de marcha, cuando mi hermano comenzó a sintonizar en serio las ondas radiomésámicas con sus bulbos. Habíamos atravesado la Montaña No Rodeable, ésa que crece en medio del desierto, por uno de sus túneles del amor, cuando vimos las colinas. Y en mitad de ellas, unas letras gigantescas salían de la tierra como setas. Eran de piedra, no de verbo ni de palabra, por lo que no creo que a usted...

—¿Unas letras? ¿Dónde, qué forma, a qué hora, cuándo...? —se apelo-tonó Iya, agarrando al trip por la pechera.

—Ocupaban to... todo el valle... —Pat tragó saliva—, de una punta a la otra. Eran muchas, inmensas, pesadísimas... una se desplomó y cayó sobre una manada de ñus celestiales, aplastando tres o cuatro de golpe. Comimos de esa carne hasta ayer mismo. Disculpe que no previera su aparición y le guardase un trocito, pero...

—¡Olvídese de la comida! ¿Qué decían esas letras? ¿Formaban alguna frase coherente?

—Sí, claro... —hizo memoria—. Creo que, según los intérpretes cabalistas de Medeox IV, el mensaje era CFGGHTYLOIUYAZCVDGEUYOPADMOIE, lo que puede significar... euh... —La miró, impotente—. Cualquiera cosa. Es el germen de su doctrina de base ignorantiana, me temo.

—¿Pueden llevarme allí? —suplicó Iya—. ¡Es necesario, por el bien de la Siglamancia! ¡El destino de todo un campo del saber y la filosofía humanas puede estar ahora en sus manos!

—¿Desandar? —comprendió Pat, horrorizado, lo que ella pretendía—. Yo... bueno, no, creo que no va a ser posible. Señorita. Señora. O lo que sea. Ya le dije que mi hermano está sintonizado con esta misión en concreto, y ninguno de los dos vamos a abandonar.

—No le estoy pidiendo que abandone, sólo que dé un pequeño rodeo. Luego, yo misma les ayudaré a encontrar el final de los reflejos.

ERIDANO SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI Nº 21



Pat negó con convicción, aunque todavía sacudía los dedos frenéticamente entre él y la joven para apartarla de su cara.

—¡Imposible! Si Chou se distrae de su tarea, aunque sólo sea por un instante, podría perder la sintonía para siempre. ¡Y se quedaría así, diciendo tonterías, el resto de su vida! No, no puedo permitirlo.

—Claro, pero si...

De repente, la voz de Chou los interrumpió. Era dulce y sosegada, distinta a aquélla con la que había pronunciado sus sentencias ilógicas.

—Cuarenta y dos.

La muchacha y el trip se volvieron hacia él.

—Es la respuesta. Cuarenta y dos —dijo Chou, con absoluta tranquilidad—. Ahora sólo falta que busque la pregunta. Será mi aspiración a partir de este día. Ya no deseo escribir diccionarios con H intercalada.

Pat miró a su hermano, y se estrujó sus propios cuernos de la frustración.

—Oh, no, hermano, ¡noooooo! —se desgañitó. Y luego, derramando lágrimas—: ¿Por qué llegaste a esa conclusión por ti mismo, por qué? ¿Por qué?

Iya lo miró, asombrada.

Al bueno de Chou le había crecido otro bulbo más en el cráneo.



6. EL ASALTO (O CÓMO POR METER LA NARIZ EN LA MADRIGUERA DEL CONEJO A VECES ACABAS PERDIÉN-DOLA)

El escarabajo tuneado de Brunelle frenó en seco sobre el terraplén. Tras unas dunas de tierra sucia y la extensión de arbustos que había detrás, se extendía un descampado con un edificio majestuoso en el centro. Era una de esas mansiones cuidadas a medias por un albacea despreocupado, rodeada por una valla, que había logrado conservar parte de su poder de sugestión (aunque para Stephanie era más bien de causar espanto) desde la época en que el descampado se llenaba asiduamente de coches de lujo a medianoche, y por sus muros se filtraban los ecos de misteriosas y prohibidas fiestas.

Stephanie sólo había oído hablar de esas fiestas en pasado, como quien lee los libros de historia que recogen las anécdotas de las mansiones de Campania. Pero Brunelle tenía cara de estar escuchando una vez más aquella música, y los sonidos horripilantes que sus melódicos acordes servían para ocultar.

Sintió un escalofrío culebreando por su espalda.

—Ahí la tienes —indicó con una contracción de barbilla—. Intocada, después de tantos años.

—Ya lo veo. ¿Qué prefieres, el plan A o el C?

Brunelle hizo una mueca.

—¿Qué pasó con el B?

—Quedó obsoleto en la mesa de diseño.

El hombre bajó del coche, abrió la capota delantera del escarabajo y sacó del maletero una funda de guitarra. La apoyó en el guardabarros y abrió la cremallera con un silbido que sonó a pantalones rajándose.

Stephanie también salió del coche.

—¿Qué es eso, tu soplete de emergencia para puertas blindadas? —preguntó.

El aventurero dobló hacia arriba la comisura de la boca.

—Casi aciertas. Es mi infatigable compañera de aventuras, Ana Sue.



Stephanie abrió desmesuradamente los ojos al ver el brillo del sol en el cañón cromado de Ana Sue. Era una ametralladora Thompson de calibre treinta y dos, con un tambor cilíndrico y un precioso barnizado en caoba de la culata. Tenía varias muescas en el mango, con forma de pequeños pulpitos de múltiples tentáculos, aunque Stephanie no creyó en ningún momento que Brunelle hubiese utilizado aquella «herramienta» para ir de pesca.

Junto a la ametralladora había una funda interior más pequeña, que ocultaba un pistolón que Stephanie no pudo identificar, pero que no tenía un diseño de los que solían aparecer en las películas. Parecía una mezcla entre revólver y escopeta recortada, a medio camino entre ambos calibres.

—¿De dónde has sacado esa reliquia? —preguntó, atónita, señalando la Thompson. Acercó un dedo para acariciarla, pero Brunelle la apartó de ella, no fuera a dejarle una mancha.

—Esta reliquia, como tú la llamas, es una de las armas más mortíferas y fiables que jamás se han fabricado. La rob... conseguí en Pittsburg, en el museo de John Dillinger. —Sostuvo la ametralladora en alto, mirándola con lujuria—. ¿A que es preciosa?

—Tal vez... pero a nivel personal prefiero que, si ése es nuestro plan, le otorguemos una letra muy avanzada del abecedario. Antes de entrar pegando tiros, prefiero ensayar otras alternativas.

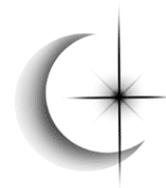
—Como quieras, pero que sepas que de ahora en adelante no pienso desprenderme de la pequeña Sue.

La mujer le contestó con su recurrente gruñido. Dejaron a Sue apoyada sobre la palanca de cambio de marchas, donde era fácil empuñarla en caso de necesidad (la pistola de extraño diseño fue a parar al cinturón de Brunelle, en una posición donde no le molestaría al sentarse), y condujeron hasta la valla que rodeaba la mansión. Junto a la puerta se erguía una garita gris sucio, parecida a las que se construían antiguamente en los cuarteles, con una ventana delgada, estilo saetera, abierta hacia el camino. Un perro se rascaba un acceso de sarna coloreado de naranja.

Stephanie pensó que si ése era el hogar del custodio (todas las logias se enorgullecían de tener a alguien que velara por algo tan básico como las puertas y las cerraduras), la situación económica de los Bordos no debía de ser muy boyante. O eso, o el escenario al completo, incluyendo chucho sarnoso, formaba parte del subterfugio.

Se detuvieron junto a la garita. El perro alzó la cabeza y les dedicó un gruñido amenazador, pero no soltó el lagarto que estaba masticando.

Aprovechando que estaban más cerca de la mansión, Stephanie se fijó bien en las ventanas, por si veía algún signo de actividad. Alguien se había



dejado encendida una luz tenue, como de candil, en el tercer piso. Eso ya era algo.

—Aquí hay gente —murmuró.

En ese momento, el custodio salió de la garita.

Era un tipo poco apropiado para custodiar nada, con aspecto tener futuro sólo dentro de un casino. Al acercarse a la ventanilla, por el lado de Stephanie, se subió el pantalón sin cinto hasta la altura del ombligo. Brunelle echó un poco hacia atrás a su preciosa Sue para que la ocultara el asiento.

—¿Qué quieren? —preguntó el hombre sin cinto, dejándose de rodeos. Estaba malhumorado, como si los visitantes le hubiesen interrumpido en el seguimiento de su partido favorito.

—Ejem, yo... Vale, buenos días —comenzó de nuevo Stephanie—. Somos tratantes de fincas. Nos gustaría hablar con los actuales dueños de esta casa.

Se inclinó sutilmente hacia delante, para que el hombre, desde su posición aventajada, pudiese tener una vista panorámica digna de los frescos de Schuiten de sus voluptuosos pechos, esas dos colinas sonrosadas que eran contenidas casi a la fuerza dentro del escote.

Para su sorpresa, él no pareció interesado en sus preciosidades. Echó un somero vistazo al interior del coche y se encontró con el ceño fruncido de Brunelle. Ambos se sostuvieron la vista como perros rabiosos durante unos instantes. Luego, el hombre sin cinto dijo:

—Váyanse, aquí no tienen nada que hacer. Esta parcela no está en venta.

Antes de que Stephanie insistiera con su historia, Brunelle apuntó entre las cejas al custodio con su pistolón y dijo:

—Queremos ver al Maestre. Dígale que somos viejos amigos, que hemos venido a saldar una deuda.

El custodio ni siquiera somatizó la preocupación de tener semejantes cañones casi apoyados en la frente, pero asintió despacio. El perro ladró.

—Pasen, caballeros —dijo con una sonrisa cáustica—. Les estábamos esperando.

Stephanie estaba atónita, pero no despegó los labios mientras Brunelle hacía una maniobra con el escarabajo que lo situaría frente a la puerta principal, con el morro apuntado siempre hacia la verja de entrada. Cuando el custodio hubo quedado suficientemente atrás, preguntó:

—¿Estás loco? ¿No eras tú el que decía que con esta gente había que andarse con mucho cuidado?



—Te prometo que ésa ha sido mi reacción más afable —contestó el aventurero, y se encajó de nuevo la pistola en el pantalón, justo sobre los genitales. Stephanie deseó que el arma tuviese un buen mecanismo de seguridad.

Salieron del escarabajo y se encararon con el comité de bienvenida, un mayordomo que parecía hasta tal punto salido de una película antigua en blanco y negro, que tardaron un rato en darse cuenta de que su atuendo tenía colores. Brunelle no se separó en ningún momento de su funda de guitarra, a donde había ido a parar de regreso la buena de Sue.

—Dama, caballero —dijo el lacayo, con un pomposo acento de la comarca—, hagan el favor de seguirme, por favor. El señor les está esperando.

La comitiva atravesó un porche de estilo colonial y entró en el recibidor, un suntuoso espacio demasiado recargado de adornos y detalles como para resultar agradable. Una escalera Escarlata O'Hara serpenteaba bajo un desfile de cuadros hasta el segundo piso, mientras que cabezas de animales exóticos, casi todos asiáticos, brotaban como exabruptos de pelo de las paredes, todos con las mandíbulas abiertas y desafiantes, como si su duelo con el cazador furtivo que los mató aún no hubiese acabado.

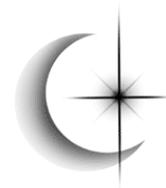
—Estamos metidos en un pozo de mierda —susurró Stephanie, olvidando por un momento sus modales—. Así de alto. —Marcó un punto por debajo de su barbilla.

—Creo que es más profundo que lo que crees —dijo su compañero, señalando una puerta disimulada entre dos librerías. Se estaba abriendo en ese preciso instante, pero no había nadie detrás, tan sólo un pasillo y una invitación velada a atravesarlo.

Brunelle y su compañera cruzaron una mirada, y entraron en el pasillo. Éste no tardó en conducirlos hasta una habitación con aspecto anacrónico, como el sanctasanctórum de algún viejo sacerdote sumerio rescatada del olvido por los arqueólogos, decorada con varias estatuas gigantes de caballos de Nabucodonosor y candelabros. Un trono vacío hecho de piedra caliza y tallado con ideogramas faraónicos descansaba en la esquina opuesta, justo bajo el único punto de luz artificial. Justo a sus pies podía verse una mancha de sangre seca, o más bien un amontonamiento de estratos de manchas recientes y antiguas, como si delante del altar se diese el gusto un atavista adicto a los sacrificios.

Si todo esto era parte de la pantomima de aquella gente para asustar a los intrusos, Stephanie tenía que reconocerle su eficacia.

Iba a decir algo cuando se escuchó un sonido que no cotejaba para nada con el aspecto general de aquel lugar: alguien había tirado de la cadena en un inodoro. Una puerta secreta se abrió justo detrás del trono, dejando entrever una pared cubierta de loza sanitaria, y un hombre vestido con una



larga túnica blanca, un medallón de oro macizo y una capucha cónica estilo triple K que le cubría el rostro, regresó al sanctasanctórum tras apagar la luz del baño. Stephanie parpadeó. Desde luego, pensó, hasta los grandes Maestres tienen que ir al excusado de vez en cuando.

El hombre se sentó en el trono y se quedó mirándolos a través de los agujeritos de su capucha. La piedra del respaldo parecía haber sido tallada expresamente para él, pues su curvatura se ajustaba a la perfección a la de su columna.

—Soy Húbor-Rak, sumo arcipreste de la Orden de Madua —se presentó, con una voz más aflautada que la que cabía esperar—. ¿Quiénes son ustedes, y por qué han venido a mi casa?

—¿Orden de Madua? —se extrañó Brunelle—. No conozco ese distintivo.

—Este... buenos días —carraspeó Stephanie, ofreciendo al encapuchado su mejor sonrisa—. Disculpe que le hayamos molestado en... en... —miró de soslayo hacia la puerta del excusado— lo que estuviera haciendo. Es que... necesitamos consultar algo de suma importancia con usted.

—No han respondido a mi pregunta —insistió el arcipreste. Tenía un aire tranquilo que hablaba de sicarios escondidos en nichos de las paredes y metrallas ocultas bajo el suelo, aunque Stephanie no detectó más agujeros en la pared que los ya vistos. Y como no fuera que dentro de los caballos de piedra hubiese asesinos escondidos al más puro estilo Agamenón...

—Soy el señor Rojo, y ella la señora Verde —dijo Brunelle, apoyando la mano en la culata de su pistola.

El arcipreste le lanzó una mirada acerada que pudo apreciarse incluso a través de la capucha.

—Veo que tenemos a unos fans de Tarantino insolentes. Para que lo sepáis, yo también he visto la película.

Brunelle soltó una carcajada.

—Así que los grandes arciprestes no sólo orinan, sino que también van al cine. Es tranquilizador. En realidad la referencia es de Pelham-1 2 3; de ahí fue de donde Tarantino copió la idea de los pseudónimos con colores para sus matones. Además —añadió—, si hablamos de nombres falsos, no me dirá que «Húbor-Rak» está en el santoral. ¿Quién fue, el cuñado hippie de Francisco de Asís?

Stephanie le hizo un gesto velado para que se contuviera un poco, pero Brunelle estaba lanzado. Apoyado con un escorzo tipo barra de bar en su funda de guitarra, parecía haber perdido el miedo inicial a los santuarios de las sectas fanáticas.

ERIDANO SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI Nº 21



—Necesitamos consultar un libro —intervino Stephanie, yendo al grano. Si permitía que aquellos dos gallitos siguieran cacareando, la que terminaría imponiendo su propio léxico en la conversación sería Ana Sue—. Un antiguo códice que sabemos que obra en su poder. Los manuscritos de Manfraad.

El arcipreste los miró en silencio, totalmente inmóvil, y luego un sonido rasposo y gutural comenzó a brotar de su máscara. Era una especie de risa.

—¿De veras han creído que podían tocar en mi puerta y pedirme sin más que les dejara consultar uno de los códices más valiosos de la Orden? — Parecía realmente atónito, como si aquello fuera un montaje para una cámara oculta, o la mitad más traviesa del truco-o-trato tan característico de las fiestas paganas—. ¿Y cómo han sabido de la existencia de ese texto, por cierto?

Brunelle encogió los hombros.

—Hacemos bien los deberes. Estuvimos enrolados hace algunos años en una logia, pero lo dejamos cuando empezaron a exigirnos un diezmo. Enrólate, que es gratis, decían. Veréis mundo, decían. Todo patrañas.

El humor del aventurero no pareció hacer mella en el arcipreste. En lugar de enojarse por sus palabras, el encapuchado se levantó del trono, caminó hasta uno de los caballos de piedra y apretó un botón oculto en su crin. Stephanie y su compañero lo miraban atentamente, sin perder detalle de ninguno de sus gestos.

Brunelle había deslizado la mano dentro de la funda de guitarra, y sostenía el mango de la ametralladora sin ningún pudor.

Para su asombro, el caballo se partió en dos mitades, limpiamente, y en su interior apareció un objeto cubierto por un paño de seda negra.

El arcipreste miró a sus invitados con un interés malévolo.

—Si han venido a por el conocimiento secreto de Ortelius Manfraad, y si como usted dice —señaló a Brunelle con un dedo—, han hecho correctamente los deberes, entonces sabrán qué es esto. ¿Verdad?

Con un gesto brusco, apartó el paño de encima del objeto, y una luz hirió por un instante los ojos del dúo. Cuando Brunelle logró enfocar de nuevo la imagen, dos cosas habían cambiado: la primera, que la pistola de diseño extraño había saltado hasta sus manos de manera casi automática y estaba apuntando hacia el arcipreste. Y la segunda, que de algún lugar ignoto habían surgido cinco sectarios que los apuntaban, a su vez, con rifles de cerrojo. No los habían oído llegar, pero allí estaban, vestidos de un blanco impoluto con unas túnicas anudadas al hombro y mirándolos con expresión ausente, de perfectos autómatas.

ERIDANO SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI Nº 21



Pero nada de eso era tan asombroso como lo que había debajo del paño, un espejo de cuerpo entero, encerrado en un marco de madera decimonónico, que no reflejaba nada de lo que tenía a su alrededor. Unas mareas concéntricas de luz fluían por su superficie, creando pautas hipnóticas, vestigios de realidades alienígenas.

—¿Qué... qué es eso? —preguntó Stephanie, atónita.

El arcipreste dio unos graciosos golpecitos sobre la madera del marco.

—Esto, querida, es lo que te has atrevido a buscar por ti misma, tan valientemente —dijo, muy serio—. La puerta al país de Oz.



7. EL VALLE DE LAS LETRAS DE PIEDRA

Los refugiados tenían la piel de color amaranto, iban cabizbajos y algunos incluso cargaban a hombros con sus animales, en lugar de dejar que corretearan libremente por el suelo. En conjunto, daban la impresión de ser una marejada de desechos humanos, tan sucia y deprimida que sus cuerpos apenas se distinguían de las sombras que proyectaban en el suelo.

Iya se acercó a una familia que llevaba a los niños sujetos con correas de flores. Ninguno de sus miembros pareció darse cuenta de su presencia hasta que preguntó:

—Disculpen, amigos, ¿de dónde vienen? ¿De qué están huyendo?

Un hombre elevó la vista hacia ella, y tras examinarla de arriba abajo, hizo un gesto con los dedos al niño que llevaba delante y siguió caminando. Iya se disponía a reformular la pregunta cuando el niño dijo:

—Le ha caído bien. Le gustan sus botas.

—¿Disculpa?

—Ésa es la primera conclusión —dijo el niño, y la ignoró igual que había hecho el adulto. Iya se retiró unos metros para unirse de nuevo a los hermanos.

—¿Entendéis de qué van? —preguntó, algo molesta.

Pat lanzó una carcajada.

—Sí, son escalares. Una tribu de humanos episódicos que vive en el valle hacia donde nos dirigimos.

—¿Humanos episódicos? ¿Qué es eso?

Chou se frotó con delicadeza su recién adquirido bulbo y contestó antes que su hermano:

—No forman unidades autónomas de un solo individuo, como tú y yo, sino que la *familiar* es la unidad más pequeña de su existencia. Cada familia es uno, si entiendes lo que quiero decir.

—Aaahh... —Iya miró la columna con otros ojos. En efecto, la densa masa de personas estaba dividida en corpúsculos de siete u ocho individuos, islas autónomas dentro del océano de cabezas, y no se veía a ninguno que

ERIDANO SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI Nº 21



caminase en soledad—. Comprendo. O sea, que para comunicarme con ellos...

—Comparten los procesos mentales. El padre te miró y decidió si constituías una amenaza. El hijo te lanzó una advertencia. Si quieres seguir con la conversación, tendrás que preguntarle al siguiente miembro de la cadena.

Iya asintió. Se aproximó de nuevo al núcleo familiar y preguntó a una de las mujeres:

—Perdone que la moleste, señora, ¿no sabrá por casualidad si vamos por buen camino hacia el valle que hay tras la Montaña No Rodeable?

La mujer la miró y dijo a coro, con su hija:

—Valle hermoso, valle maldito. Los dioses han hablado y tatuado sus deseos en la piedra. No espacio para humanos allí, nunca más. No vayas, oh, no vayas, o tú también te convertirás en la canción de alguien.

Iya no pudo obtener más de ellos. Se alejó de la columna, seguida de cerca por los hermanos, y buscaron un árbol desde el que otear. Los refugiados provenían de la Montaña, en efecto, y la delgada serpiente que formaban culebreaba por senderos y colinas hasta desaparecer tras el horizonte.

—Por los dioses, son muchísimos —se asombró—. ¿Todos vienen del valle?

—Eso parece —asintió Pat—, aunque vete a saber. Las gentes que viven en estos países sufren de inercia de actuación. Si muchos deciden hacer algo, todos a la vez, los demás tienden a imitarlos sin pensárselo dos veces. Por eso son tan peligrosos los movimientos sociales en estos poblados. Como dos o tres decidan emigrar o tirarse por un barranco, los demás acabarán haciéndolo sin siquiera conocer los motivos.

Iya lo miró, impresionada.

—¿Cómo es que sabes tanto sobre estos países y sus costumbres?

Pat se acarició uno de los cuernos, orgulloso.

—¿Crees que a un aspirante a zeppelinista le basta con desearlo, y ya está? No, preciosa —rió—. Para serlo tienes que estar preparado, y estudiar mucho. Debes conocer los lugares que podrías sobrevolar si alguna vez te licencias, por si el aparato se estropea y te ves obligado a aterrizar.

—Mi hermano se ha hartado de leer folletos de viajes tumbado en su hamaca, allá en la Llanura —apuntó Chou—. Y mientras tanto, yo encargándome de revisar la simetría de los reflejos, yo solito.

—¡Adoras ese trabajo, así que a mí no me eches la culpa!

—¡Claro que lo adoro, pero eso no quiere decir que sea justo!



—¿El qué?

—¡Que todo el trabajo recaiga sobre mis hombros!

Iya los dejó un poco atrás, discutiendo. En los últimos días, durante lo que había sido su viaje juntos, se había acabado por acostumbrar a sus peleas. Ambos se querían mucho, eso era evidente, pero no podían sostener una conversación de más de uno o dos minutos sin acabar enfrentados. Cosas de hermanos.

La misión se ponía difícil. Ella deseaba ir a la ciudad para hablar con los sabios, pero estas nuevas pistas que habían surgido espontáneamente, en los últimos días, la habían hecho cambiar de opinión. Seguía necesitando orientación sobre cómo debería actuar una vez llegara al fondo del asunto, pero si ignoraba las pistas, podría perderse nuevas manifestaciones de la Siglamancia.

Se emocionó al pensar en lo que la aguardaba en aquel valle. ¡Letras hechas de piedra, esculpidas de forma natural por la magia! Iya mataría por construirse una casa en un sitio así. ¿Por qué aquella gente se marchaba, entonces? ¿Qué clase de peligro los había obligado a levantar el vuelo, como una gigantesca bandada de pájaros, y salir corriendo del que hasta hacía nada era su hogar?

Tendría que averiguarlo cuando llegase. Por norma general, la gente le tenía miedo a las manifestaciones mágicas, y por eso la llamaban a ella, para que normalizase la situación. Pero estas manifestaciones no solían ser realmente dañinas. O al menos, no siempre.

Iya recordó una historia que su maestro le había contado una vez, sobre los habitantes de un desdichado pueblo llamado Kornuk. Los kornukianos eran agricultores, gente sencilla que poseía un bajísimo nivel intelectual. Apenas sabían leer o escribir, y los poquísimos signos visuales o dibujos que usaban en su vida cotidiana normalmente se empleaban para apoyar una rica tradición oral, que era lo que mantenía intacta su cultura.

Un día, alguien gritó a los zagales que se apartaran del camino porque iban a pasar las cabras. Pero lo que surgió de su boca no fue una palabra habitual en su idioma, sino una interjección rarísima y espantosa, una palabra tan horrible que los animales huyeron despavoridos y a los niños les brotó sangre de las orejas. Un paisano fue a recriminarle a su compatriota lo que había hecho, pero al abrir la boca... otra palabra horrible salió de ella, agrietando los cristales de las ventanas y pudriendo las flores que había en los alrededores.

Al poco tiempo, los asustados habitantes de Kornuk se habían dado cuenta de que la plaga de palabras horribles se había extendido hasta afectarlos a todos, incluso a los bebés, que al llorar producían un sonido chi-



riante que ninguna garganta humana podía tolerar. La invasión de los vocablos mortales se cobró muchas vidas en aquella desdichada aldea, y por mucho que los expertos de las ciudades cercanas trataran de ayudarlos, la epidemia no remitió hasta que los supervivientes juraron no abrir la boca nunca más, salvo para comer. Iya sabía que alguien apuntó en algún momento algunas de aquellas palabras en un diccionario, con la intención o bien de estudiarlas o de usarlas como munición verbal en alguna guerra... pero ese alguien terminó víctima de su propia osadía, mudo como una roca, y del diccionario jamás se supo.

Sí, las palabras podían llegar a ser terribles. Era una verdad irrefutable. Desde aquel día, el miedo hacia las manifestaciones espontáneas de las letras aumentó, y la gente como Iya tuvo más trabajo que nunca.

El polvo del camino acabó por sofocar la discusión de los hermanos, y los últimos kilómetros los anduvieron en silencio. La imponente masa de la Montaña No Rodeable se erguía cada vez más alta, y la compleja red de túneles que había sido excavada a su través para poder sortearla ya era visible sin necesidad de catalejo. Iya eligió un prado para descansar y compartió algo de su comida con los hermanos. Luego prosiguieron la marcha, después de una discusión o dos.

—Cuando lleguemos —explicó la Siglamante—, deberemos tener mucho cuidado.

—¿Por qué? —preguntó Chou—. No son más que letras que salen del suelo.

—No es tan sencillo. A toda esa gente la asustó algo, algo capaz de hacer huir a una cantidad ingente de personas que podrían haberse quedado y luchar.

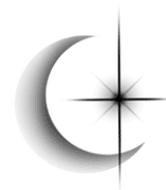
—Los humanos episódicos son más bien cobardes —apuntó Pat—. O eso dicen los folletos de viaje. El principal peligro que pueden representar es que uno te abrace y esa conducta se contagie a los demás, y mueras aplastado por un cariño inercial de diez mil abrazos.

—Confiad en mí, las letras pueden hacer mucho daño, sobre todo si nadie las controla. —Les contó la historia de la aldea de Kornuk, y logró hacerlos cambiar de idea aunque fuese un poco, porque los dos redujeron el paso a la vez—. Con una Siglamante estaréis a salvo, pero tenéis que hacer todo lo que yo diga, ¿entendido?

—Sí —dijeron al unísono. Y siguieron caminando abrazados el uno al otro un rato más.

La Montaña no supuso un obstáculo para su viaje. Las últimas unidades familiares rezagadas de los episódicos ya estaban saliendo de los túneles, corriendo para alcanzar cuanto antes a los demás. Iya se encontró con un

ERIDANO SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI Nº 21



túnel amplio, bien pavimentado con la misma roca de las paredes (pero cortada y pulida por manos artesanas), e iluminado a intervalos de cien metros por macetas de plantas-lámpara. Fue en ese momento cuando descubrieron que Chou había vuelto a ser un dup.

—¡Su tercer bulbo ha desaparecido! —exclamó su hermano, eufórico, y le dio un abrazo y un sonoro beso en la mejilla—. ¡Bravo, Chou, lo has conseguido!

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Iya, estupefacta. Había oído hablar de casos frecuentes en los que los dup pasaban a ser trip, pero nunca al revés.

—¡Mi hermano del alma lo ha conseguido! —canturreó Pat, mientras daba saltitos en plan danza tribal alrededor de Chou. Éste se concentró, miró a algo invisible que parecía estar flotando a pocos centímetros de su cara, y dijo:

—Si no puedes demostrar que la comida de los axxhums sabe mejor después del quinto plato, mejor que te dediques a vender todos esos tulipanes, conejita.

—Desde luego, la surrealia ha vuelto a infectarle —se asombró Iya—. Y bien fuerte. ¿Pero cómo rayos...?

—Chou es un artista de la involución —explicó su hermano, sin parar de bailar. Sus lágrimas brotaban como agua de una canilla—. Concentrándose en los axiomas que él mismo enunció siendo un dup, y meditando sobre las implicaciones filosóficas de la demencia, ¡ha logrado revertir el proceso! ¡Su cerebro ha reabsorbido el bulbo del cráneo! ¿Lo convertirá en proteínas para el desayuno?

—Increíble —admitió Iya—. Sólo espero que todo esto no nos retrase...

—¡Adelante, Chou! —bramó Pat—. ¡Enséñales a esos torpes incrédulos cuál es el poder del surrealismo!

El neo-dup alzó un brazo y apuntó solemnemente hacia el fondo del túnel, como un general arengando a sus tropas.

—¡Felicitaciones a la aurora austral! —gritó—. ¡Que nadie nos pueda acusar de no haber pelado suficientes guisantes cuando hayamos muerto!

—Creo que será mejor que nos pongamos en marcha —sugirió Iya, y se internó en las profundidades del túnel. En realidad le gustaba que hubiese sucedido aquello. No sólo porque los hermanos estaban contentos, cosa que era de agradecer, sino porque al ser de nuevo un dup, las propiedades de varita de zahorí de sus bulbos podrían volver a activarse. Así, en el improbable caso de que la invasión de letras del valle fuera anatema para los humanos (¡incluso para una experta Siglamante como ella!) podrían seguir la pista de la cadena de reflejos de la Llanura Kármica.

ERIDANO SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI Nº 21



Al cabo de dos horas de andar, el túnel acabó. La luz del sol los cegó momentáneamente, en lo que sus ojos se amoldaban al potente brillo exterior, tan cálido y dorado en comparación con el fulgor de las plantas lámpara. Iya distinguió poco a poco algunos contornos: unas granjas abandonadas, un bosquecillo de árboles mariposa, con sus alas tan maduras que dentro de poco echarían a volar, e incluso una posada con aspecto de tener más chinchas que clientes.

Y al fondo de todo...

Sintió cómo un escalofrío le trepaba por la columna.

Sí, allí estaban: monolitos de piedra de formas irregulares, que vistos en perspectiva asemejaban caracteres del alfabeto. ¡De todos los alfabetos que ella conocía, y muchos más! Había letras simples de Vhan, ideogramas complejos de Zhing-Uhm, trazos anudados de Vuluvia... e incluso caracteres cuneiformes amontonados en pilas que asemejaban pirámides. ¡Asombroso! Iya ni siquiera esperó a que sus compañeros saliesen del túnel: echó a correr hacia la zona del valle invadida por los petroglifos, sin mirar atrás ni hacer el menor caso de sus advertencias.

Llegó mucho antes que Pat y Chou hasta la aldea arrasada por las letras. Ella estaba emocionada, sí, pero eso no evitó que se asustara cuando vio las chozas destrozadas, reducidas a poco menos que amasijos de paja y barro cocido. Algunas letras habían crecido desde dentro de las casas, reventándolas en mil pedazos, mientras que otras habían caído con todo su descomunal peso sobre ellas. Las señales de devastación estaban por doquier... y eso que los cadáveres descompuestos aún no habían aparecido. Si estaba en lo cierto y allí se había dado otro caso de palabras terribles, los aldeanos no sólo habrían muerto por explosiones o aplastamiento. También habría rastros de cabezas hinchadas hasta lo indecible y oídos supurantes.

Oyó pasos a su espalda. Se volvió para ver a los dos hermanos, que habían vuelto a abrazarse el uno al otro, y esperaban que ella acabase su inspección en el límite de la zona afectada. Uno de ellos abrió la boca para preguntar algo, pero Iya lo silenció con un gesto imperioso. No debían pronunciar la más mínima palabra, porque en aquel lugar nadie les aseguraba que lo que en realidad saliera de sus gargantas fuera bueno.

Pat lo entendió y le tapó a su hermano la boca con la mano, para que no soltara espontáneamente una de sus sentencias oníricas. Iya les hizo una señal para que esperaran y fue avanzando lentamente, entre los monolitos.

Era increíble. Todos medían entre cuatro y ocho metros de altura, y el más liviano debía pesar unas dos toneladas. Iya zigzagueó entre ellos, los tocó con reverencia, incluso se atrevió a encaramarse a uno para ver mejor en la distancia.

ERIDANO SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI Nº 21



Llevaba casi una hora anotando cosas en su libreta de viaje (describiendo los monolitos, sus impresiones cuando los veía o los tocaba, detallando la posición y forma de cada uno con enfermiza meticulosidad) cuando se dio cuenta de algo: hasta ese momento los había contemplado individualmente. Y como objetos únicos le contaban una historia asombrosa. Pero, ¿y si los observaba en conjunto?

Emocionada, trepó al tejado de una de las casas más altas que quedaban en pie, y barrió con la mirada la totalidad del valle. Esperó, se tomó su tiempo. Había que dar tiempo al cerebro para que él solo conjugara las perspectivas y observase las correspondencias.

Y al cabo de diez minutos, contuvo la respiración.

Sí, había algo. Diferentes alineaciones de letras que formaban palabras... ¡incluso frases enteras! Con mano temblorosa, anotó cualquier combinación de monolitos que le sonaba familiar, con significado:

MAREÁLISIS, decían las rocas del fondo, junto a la huerta de zanahorias.

REFLEJOSCOPIA, apuntaba otra más allá, sobre una línea de casas derruidas.

SIGLA – EN – CRONOPIA – POSTERGADA, afirmaba la frase más larga que encontró.

¿Quién las escribiría? ¿Sería ésta la forma de hablar (o de *aprender a hablar*) de los dioses? ¿Estaban las potencias del cielo y del subsuelo tratando de usar el lenguaje de los humanos para avisarles de algo, un acontecimiento importantísimo que estaba a punto de suceder?

Estaba tan ocupada con sus pensamientos e hipótesis, que no vio venir a los hermanos. Dio un respingo cuando Pat le tocó la pierna. Iya miró hacia abajo y los vio encaramados a un saliente del tejado, haciéndole señas frenéticas en una dirección.

Iya no les hizo caso al principio, haciéndoles ademanes bruscos para que se fueran y la dejaran trabajar en paz. Pero la cara de horror de Pat y de Chou y sus gestos imperiosos la obligaron a mirar hacia donde ellos querían, un punto situado entre varias casas medio derruidas.

Lo que vio hizo que su corazón diera un vuelco.



8. LA GRAN RESPUESTA A LA GRAN PREGUNTA

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Stephanie, mirando el espejo. Había algo muy extraño en él, en su manera de retorcer la luz, como si la imagen posada en el cristal fuese una versión propia del espejo de lo que estaba viendo.

—Esto —respondió Húbor-Rak, sumo arcipreste de la Orden de Madua, orgulloso—, es el códice de Manfraad. El libro que buscan.

—Anda ya. Es un espejo. Bonito, pero espejo. Del mismo tipo de los que usaba mi bisabuela.

—Los espejos también son libros, y también cuentan historias. Aunque nunca las cuentan enteras. —Miró con reverencia a aquel estanque de imágenes cíclicas, distorsionadas. Sus ojos, lo único que se veía a través de la capucha, eran los de un hombre extremadamente fanático, que gracias a ese fanatismo ha logrado por fin una forma de contactar con su dios. Pero también se denotaba una gran tristeza, por debajo de la alegría epifánica: se notaba que Dios no cogía el teléfono, a pesar de que él no paraba de marcar Su número—. Manfraad halló la manera de escribir en las imágenes, de contactar con los sueños que pueblan nuestro inconsciente colectivo. —Su voz perdió volumen, a la vez que convicción—. Supo cuál era la gran respuesta, aunque aún no hubiese averiguado la pregunta.

Brunelle intercambió una mirada con Stephanie.

—Lo de este tipo está más allá de una cura, ¿no te parece?

—¿Por qué nos lo enseña? —preguntó ella, sin perder de vista a los tipos de los rifles que les apuntaban. Aunque su compañero se lo tomase a broma, no había nada de divertido en un montón de fanáticos religiosos con armas en las manos—. Pensaba que...

—¿Que era nuestro tesoro mejor guardado? —sonrió el arcipreste. Se le notó la expresión por las arrugas en forma de media luna de la capucha. El tipo tenía que lucir una pequeña barba, al estilo aristocrático, porque le formaba un pequeño bulto bajo la nariz—. Y lo es, señora mía, lo es. Pero nuestra estrategia con respecto a él ha cambiado mucho en las últimas décadas. Antes no permitíamos que nadie lo viese, para no exponerlo a riesgos ni físicos ni tántricos. Pero ahora...

—¿Ahora cobran entrada? —Brunelle torció el gesto—. Creo que empiezo a entender cómo se financia todo este tinglado.



—No lo exponemos abiertamente —gruñó el arcipreste, como si necesitase contrarrestar el sarcasmo para que la conversación no se trivializara demasiado—. Pero permitimos que ciertas personas se acerquen. Las que sospechamos que podrían tener la llave para pasar la página.

Stephanie arrugó la nariz. Aquello empezaba a olerle a chamusquina.

—¿La llave? ¿Qué llave?

El gorro blanco del arcipreste volvió a deformarse. Esta vez no era una sonrisa.

—La llave tántrica que pasa las páginas del libro, mostrando más secretos. Más profundidad de campo en el paisaje que se ve a través del espejo.

Este tío está como un cencerro, pensó Stephanie. Fue una constatación mental, una certeza basada en pruebas irrefutables. Pero al mismo tiempo, supo que había algo más que sandeces en su discurso.

Estaba loco, sí, pero aquel pasmarote sabía algo. Algo que estaba al final de sus sueños y que era a la vez el origen de su demencia.

—¿Y qué tenemos nosotros que ver con esa... clave, que ustedes buscan?

—El espejo nos dijo que vendrían.

Esta vez, la carcajada se ahogó a medio camino de la boca de Brunelle. El aventurero miró con ojos fríos primero al arcipreste, y después al cristal.

Aunque pareciera una locura, esas palabras eran lo primero que decía aquel tipo que le ponía los pelos de punta. Stephanie se preguntó por qué.

—Quiero verlo —susurró Brunelle, adelantándose un paso.

Los guardias aprestaron sus armas, pero el arcipreste les ordenó con un gesto que las bajaran. Se apartó medio metro para dejar paso libre a Brunelle, y señaló con reverencia el espejo.

—Tu destino, hombre afortunado, está más allá de lo que el nuestro llegará nunca —dijo con infinita tristeza—. Miles han sido las ocasiones en las que he reflejado mi propia imagen en ese estanque de luces, y otras tantas he sido rechazado. El código no me encuentra digno de asomarme a sus misterios. Pero si tú, o tu amiga, tenéis aunque sea una mínima fracción de la llave, la solución al acertijo, prefiero cederos el honor antes que mataros.

Brunelle se desabotonó los dos primeros botones de la camisa. Hacía calor allí dentro. O eso, o todos estaban muy nerviosos.

—Es lo más sensato que has dicho en todo el día —musitó, y se plantó delante del espejo. Stephanie le miraba desde atrás, no demasiado pegada a él pero tampoco demasiado lejos. Estaba atenta, con los músculos contraí-

ERIDANO SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI Nº 21



dos como un gato a punto de saltar. Algo iba a suceder, pero ni en sus sueños más salvajes se imaginaba qué.

El aventurero clavó los ojos en el espejo.

Y desapareció.

No fue una transición lenta, ni un juego de espejos. Un segundo estaba allí, y al siguiente, simplemente, no. El arcipreste lanzó un alarido gutural, de pena absoluta, de infinita tristeza, al saber que aquel destino jamás podría ser suyo. Su coro de sicarios lloró con él, rasgándose las vestiduras y dejando caer las armas al suelo. Era el sonido del sufrimiento absoluto, del fracaso total no de un hombre, sino de una organización, de una idea.

De una fe.

Stephanie quiso correr, salir huyendo de allí como alma que lleva el diablo. Pero aquel libro de imágenes la llamaba. De algún modo supo que toda su vida estaba enfocada hacia aquel momento. Podría ser que la magia insólita que operaba en aquel lugar la estuviese engañando, atrayéndola como un pez de los abismos a sus presas, con una luz química hecha de sortilegios y promesas. Pero si era así, sinceramente, no le importaba lo más mínimo.

Quería morder el anzuelo, tragarse la luz. Y si el pez se la tragaba a ella después, pues al menos habría sido el acto más puro que había hecho en toda su vida.

Así que ella también se acercó al espejo, se plantó justo delante, donde mismo había estado su compañero volatilizado segundos antes, y miró a la inmensidad.

Fue algo más que un milagro.

Fue una conversión total del universo y de todos sus significados ocultos en otra cosa.

La visión de Stephanie:

El verano siempre llega con crudeza a mi país. No avisa, no prepara lentamente la tierra yerma para sentir su abrasadora caricia. El polvo de los caminos se eleva con facilidad para quedarse flotando, tranquilo, impertérrito, dejándose extender suavemente por la brisa de la mañana. Al llegar el ocaso, los rayos oblicuos del sol queman con fuego intenso las nubes y el cielo. Éstas, afiladas y amontonadas caprichosamente unas sobre otras, surcan velozmente las alturas tratando de alcanzar el día que con tanta sutileza escapa. Vuelan veloces, espléndidas, como barcos de espuma que disfrutaran cortando el viento con sus quillas de marfil.

Poco a poco, la tímida luz de la Luna va arrancando miles de destellos a las cenicientas copas de los olivos, todos en flor. El perfume de sus pistilos

ERIDANO SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI Nº 21



acompaña el camino durante muchos kilómetros, hasta que, poco a poco, el desierto logra arrebatarse a la foresta la supremacía sobre la tierra. Ésta se convierte entonces en un espejo opaco y desolado, donde vemos al cielo tumbarse y deleitarse escondiéndose en sus escabrosidades hasta donde alcanza la vista.

El polvo de los caminos se aleja del suelo que lo engendró, temeroso, rogando al viento que lo acoja en su seno. Éste, bondadoso, esculpe para él santuarios espirales y prados hechos de brisa, remolinos efímeros y soplos huracanados para mantenerlo siempre arriba, siempre junto a los pájaros. Pero el polvo, como cualquier criatura no celeste, acaba al fin por volver a la tierra, que lo reclama como al resto de sus criaturas; como a la roca y a la hiedra, a la espiga y al olivo, a la madreselva y al rosal.

Pero cuando la luna al fin se esconde, yo abro siempre mi ventana para contemplar cómo cielo e infierno se mezclan para ofrecer el espectáculo de un nuevo nacimiento; la más hermosa de las piezas que la Naturaleza es capaz de interpretar.

El alba.

Una vez me encontré buscando similitudes entre un cuadro y nuestro amor. Tenía el lienzo a la vista, espléndido, recién acabado. En él, una niña miraba un hermoso valle entre montañas. Lo había pintado para ti, y no conseguía que me dijera nada. Nada.

Probé a imaginar el valle, y a ponerle un nombre a la chiquilla. Todo fue inútil. La escena hablaba, sí, pero decía banalidades. Cuánto me gustaría ir más lejos, ver lo que hay detrás de las montañas, ver el siguiente valle... Pero no me recordaba a nosotros. Había fracasado. Enfurecido, tomé el pincel y destruí el cuadro. Manché de rojo y azul las nubes y la hierba, y derramé una enorme mancha gris sobre los picos de las frondosas colinas. Estaba enfurecido, y cansado. Ningún paisaje es hermoso si no se puede simplificar en una idea, o en un sentimiento.

Entonces, cuando iba a tirar el lienzo a la basura, lo vi. Allí estaba, justo delante, derramándose sobre los estratos de pintura seca como la alegría se esparcía por mi interior. Al ocultar el cuadro, la pintura había convertido algo que estaba claro en algo confuso, algo que sólo ella y yo podíamos entender. No era la mancha en sí. Ni la imagen que tapaba. Juntas, habían formado una cosa aparte, con identidad propia. La mancha y el cuadro ahora estaban juntos e inseparables.

Aún conservo aquella vieja pintura manchada, aunque nunca explico por qué a los que la descubren entre mi colección.

(Volando volando volando. Entre realidades, entre dimensiones.)



Esa frase fue lo primero que oyó Chou al despertar. Su hermano estaba a su lado, como de costumbre. Ambos tomaban el sol lánguidamente, tumbados en hamacas de fieltro, dejando pasar todos los instantes sin fricción suficiente como para quedarse y resultar agradables. Arriba, por delante y por detrás del sol, rodeándolo con anillos de color, estaban las nubes. Y colgando de ellas mediante cables hechos de lluvia, los zeppelines del colectivo Sedentarius. Era un día normal en la Llanura, y todos los que la habitaban estaban contentos. El sol repartía generoso los colores. La planicie refulgía como un espejo. El arco iris contenía doce franjas, con visos de que un anticiclón añadiera otra más hacia la tarde.

Pat se levantó y bostezó, todo en un movimiento. Su hermano seguía con las gafas de sol puestas. Al mirar hacia la Puerta, vio que todavía seguía opaca. No le extrañó: llevaban una semana esperando a que se abriera (todo un acontecimiento en la Llanura), pero aún no había suerte. Junto a ella paseaba un hombre, un anciano de barba gris y sombrero de copa, que al ver a Pat elevó una mano. Pat correspondió al saludo.

—Voy a hablar un rato con el viejo Shoulis —anunció.

Su hermano, extendiendo el bronceador por su pierna, contestó con un escueto «Mmmhúm».

Pat se acercó al anciano y le dio un abrazo. Se caían bien, y compartían una gama similar de colores. Los rojos y magentas que Pat lucía en los pantalones, Shoulis los llevaba en la corbata. Los verdes, los violetas y los azabaches uno los repartía en el calzado, mientras el otro los usaba de bombín para resguardarse de la lluvia.

—¿Cómo te va, pequeño Pat? —saludó el viejo con una amplia sonrisa.

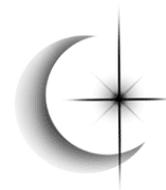
—Ya ves, esperando a que la Puerta se abra, como siempre. Esta vez nos hemos traído bronceador.

—Eso está bien. La última vez el amarillo te quemó el trasero —dijo con un acceso de risa.

Era cierto. Pat se había quedado dormido boca abajo y ciertas franjas de color le habían teñido de limón los glúteos. Estuvo aplicándose tinte durante días para evitar que los pantalones se le volviesen dorados cada vez que se sentaba.

—¡Mira, se está abriendo otra vez! —exclamó Shoulis. La Puerta dejó entrar el chorro de luz extraña, aberrante, bruñida de tonos mate que era tan característico en ella. Todo lo que tocaba aquella luz se volvía plano, sin densidad... pegajoso. Pero a la vez tenía una cualidad que adoraban todos los habitantes de la Llanura: era más real que nada que hubiese bajo su sol, de una forma que ninguno podía entender y mucho menos expresar en palabras.

ERIDANO SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI Nº 21



Todos se acercaron corriendo al umbral. Ver qué había al otro lado era motivo de grandes apuestas y lamentables decepciones. Por allá venía Luzarda, la joven de las trenzas, enganchada a todos los pecados que debía expiar como un tren a sus vagones. Y también Amro, el alma errante, con sus colores caleidoscópicos y su tamaño de elefante, siempre cambiando de forma. Todos se aproximaron a la Puerta para asomarse al otro lado y ver cómo era el mundo de los colores pegajosos.

Entonces ocurrió algo, un hecho para el que ningún habitante de la Llanura estaba preparado.

Al otro lado de la Puerta había un hombre, de espaldas, que acababa de retirar un paño oscuro de encima del umbral. Por eso entraba la luz. Y ahora, con parsimonia, hacía lo mismo con otro paño que había justo enfrente, tapando un objeto. El objeto resultó ser otra Puerta, con su superficie pulida y sus marcos de madera noble. El hombre llevaba un paño en las manos y se dedicaba a limpiar su impoluto rostro, sus reflejos infinitos. Y fue eso lo que ocasionó el desastre, pues al colocar distraídamente una Puerta frente a su gemela, la luz hizo cosas muy raras.

Sobre la superficie reflectante aparecieron miles de Puertas, cada una un poquito más pequeña que su antecesora y albergando mil hermanas más. La Llanura fue penetrada, violada, segmentada violentamente por estos reflejos, y una línea interminable de Puertas surgió de la primera, alargándose hasta el infinito.

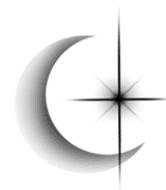
Chou, el hermano de Pat, casi fue engullido por este torrente repentino de reflejos. Pudo apartarse a tiempo (¡benditos reflejos!) cuando la cascada de imágenes se tragó su hamaca, la pámela y el bronceador. Alucinado, corrió hasta donde esperaba Pat y dijo:

—¡Acecha por su izquierda por medio de un azote de placas malva!

Pat se dio cuenta, entonces, de que su mundo corría un grave peligro, pues la multiplicación de las Puertas (gracias a la negligencia de aquel operario de la limpieza que había cometido la imprudencia de retirar todos los paños a la vez) iba a incrementar el grado de surrealismo. La forma de hablar de su hermano ya se había contagiado de ello, y era algo más que una molestia: una absoluta falta de educación.

En otras ocasiones, la apertura de la Puerta al mundo que esperaba al otro lado reservaba gratas sorpresas. A veces aparecían figuras humanas, espadachines, piratas y caníbales que, al entrar cabalgando la luz extraña, se duplicaban en la Llanura y se sumaban a su población. Era motivo de jolgorio el recibir nuevos integrantes de la comunidad, y a veces, sólo a veces, éstos sostenían un diálogo con sus originales.

ERIDANO SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI Nº 21



Pero la Llanura estaba en peligro por culpa de una negligencia, y alguien debía solucionarlo. Chou gritó, con decisión:

—¡De la arena fina, el baile de la abeja construye luces de piedra!

Y los dos hermanos comenzaron su largo y peligroso viaje hacia el confin de las Puertas, buscando el final de los reflejos. Nadie había mejor que ellos para solucionar aquel embrollo.

Pero ésa, ya, me temo que es otra parte de la visión.

(Caigo caigo caigo, hacia abajo, a un lugar lleno de formas geométricas y colores. A un horizonte sugerido por dos trazos horizontales de acuarela. A un lugar donde las letras forman el paisaje, y el paisaje habla con palabras de piedra.)

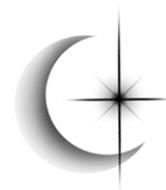
Stephanie creyó morir, morir y revivir y convertirse en otra cosa. Su historia había sido reescrita tres veces, con tres comienzos alternativos, de los cuales el mejor argumento posible que podía extraerse era «ella», un final no previsto llamado Stephanie. El aria de la ópera que sólo su garganta podía entonar, y que por eso era tan hermoso.

Stephanie vio grandes geometrías volando a su lado por el éter, entre los mundos o más allá de ellos. Una cuña de amarillo brillante mezclado con verde se le incrustó en la cabeza, ella gritó, la gravedad se convirtió en una fuerza de torsión, no lineal sino cíclica.

Cayó del cielo como un pájaro herido, en medio de una llanura. Casas, hervían con efervescencia tangente a su alrededor. Urbanismos descontrolados, planificación errónea, conjuro sin prestigio que lo cierre, como un truco de magia mal hecho. Enormes letras de piedra que surgían como setas del suelo.

Y había alguien delante de ella, mirándola fijamente, casi tan asombrada como la propia Stephanie. Casi tan asustada.

Una muchacha llamada Iya.



9. UNA ODISEA DE PÁRRAFOS Y SINTAGMAS

—¿Q uién... o qué eres tú? —preguntó la joven nativa. Tenía la piel pálida, y vestía de una estrambótica manera que Stephanie jamás había soñado imaginar. Parecía humana... y no lo parecía, en una forma como sólo la demencia podía explicar.

Stephanie aceptó su mano cuando se la tendió, para incorporarse.

—Soy... Stephanie.

—¿Una de la raza Stephanie?

—No... sólo Stephanie. He llegado a... a...

Echó un somero vistazo alrededor: Sí, era un poblado, medio derruido por el efecto devastador de una invasión de lo que parecían letras gigantes. El suelo estaba abierto en muchos lugares, de una manera que sugería un brote espontáneo y brutal de algo, no que hubiesen enterrado aquellas masas pétreas desde arriba. Justo a su derecha se levantaba una M gigantesca, grisácea, amenazadora en sus implicaciones gramaticales.

¿M de Muerte?

Stephanie sintió que un escalofrío provisto de mil patitas de hielo se le enroscaba en la columna.

¿Era eso lo que había pasado, había muerto al estrellar su cabeza contra aquel espejo, y esto era lo que su agonizante cerebro le mostraba en las últimas etapas de la asfixia?

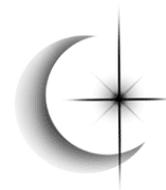
Porque si no era la muerte, o el paraíso prometido que habría (según común opinión) al otro lado, ¿cómo se explicaba aquel paisaje dadaísta?

—¿Y tú quien eres? —preguntó a la joven extraña. Ésta se cruzó de brazos, aceptando la inversión de papeles en la conversación. Una cierta reciprocidad en aquel cruce de asombros entre ambas les haría más bien que mal.

—Me llamo Iya, soy una Siglamante.

¿Una qué?, preguntaron los ojos de Stephanie. A su boca no le dio tiempo.

—Estudio los efectos taumatúrgicos de la gramática divina —explicó Iya—. Hasta ahora, en los años que llevo haciendo esto, he visto muchos



efectos colaterales de la aparición de sintagmas, pero nunca... nunca creí que fueran capaces de convocar a una... una...

La señaló con las manos, en un gesto que englobaba el asombro hacia la presencia de Stephanie y la invitación cordial a que ella continuara.

—Creo que dentro de un segundo me voy a desmayar, y no podré seguir hablando —murmuró Stephanie—. Así que voy a aprovechar para preguntártelo: ¿dónde estoy? ¿Esto sigue siendo... la Tierra?

—Sí, es la tierra. La tierra de las letras, en el camino a la Llanura Kármica.

—Me temo que no has oído la mayúscula.

Iya acarició la textura de la letra de piedra. Sí, M de METROSTOPÍA, si la unía a las demás letras mediante el quiebro del caballo de ajedrez. O de MALFRUMA, si el que regía era el alfil.

—El pueblo de los escalares se dirige hacia aquí. Hallarán las letras, y las destruirán para obtener material de construcción para sus casas —pensó Iya, en voz alta—. Pero las letras sobrevivirán. Tarde o temprano acabarán surgiendo de nuevo de sus gargantas en forma de palabras terribles, y muchos morirán. Un nuevo éxodo inercial será convocado entonces.

—Perdona, guapa, pero estoy teniendo una crisis nerviosa —dijo Stephanie, con voz calmada—. Podías tener un poco de respeto hacia eso y explicarme las cosas un poco más claritas.

—¿Cuál es tu oficio? Aquí los oficios definen a la gente.

—Soy... —La palabra estalló como una bomba, nada más abandonar sus labios. Stephanie se vio lanzada hacia atrás, cayendo sobre su trasero de una forma muy poco digna en el barro, mientras que Iya chocaba contra la M y salía rebotada hacia un lado.

Stephanie se llevó las manos a los oídos, intentando amortiguar la reverberación. Su cabeza estaba a punto de estallar por el eco que había creado aquella simple palabra. Y no era ninguna palabra especial, encima: Ella había querido decir *investigadora*, pero algún tipo de nexo entre las consonantes o las vocales había reaccionado con la cualidad no-esdrújula de la palabra, haciéndola explotar.

¿Cómo sabía eso? ¿Se le estaba contagiando la locura de aquel mundo extraño?

No, estaba muerta. M de muerta. De víctima patéticamente Marcada. Y el cielo era un antro lisérgico lleno de drogas.

Iya se levantó, tambaleándose. Le salía sangre de un oído. Dos hombres corrían hacia ella para auxiliarla, y eran los dos tipos más alucinantes que



Stephanie hubiera visto nunca. Uno hasta tenía dos graciosos cuernos que le salían como chichones redondeados del cráneo.

Los hombres ayudaron a Iya para que no se cayese otra vez.

—¿¡Estás bien!? —preguntó el de los cuernos. Su expresión era de puro terror—. ¡Iya, háblame!

—Seguro que me estáis hablando... —murmuró la joven—, pero sólo escucho un pitido. Dadme unos minutos... se me pasará.

Los hombres clavaron la vista en Stephanie. Estaba claro cuál era el siguiente paso en la emergencia, después de socorrer a su amiga: buscar culpables. Abrió la boca para explicarse, asegurarles que ella no había tenido nada que ver y que si aquello era un sueño que por favor la despertaran. Pero al darse cuenta de los riesgos la cerró. La explosión había ocurrido al intentar decir algo tan inocuo como *investigadora*. ¿Qué cataclismo se desencadenaría si empezaba a lanzar tacos filosóficos, o peor, si se atrevía a citar a Marcel Proust, su autor favorito? ¿Cuánto daño podía hacer en un mundo basado en el equilibrio literario una frase de *En busca del tiempo perdido*?

Los hombres raros ayudaron a Iya a salir por su propio pie del valle. Stephanie los siguió. En realidad, no tenía a dónde ir. Tuvo un acceso de risa al pensar en la cara que habría puesto el patético Húbor-Rak al verla desaparecer en el espejo, cual Alicia desquiciada y resabida. Pero el humor duró poco; de nada servía viajar a un país de las maravillas que te condenaba a ser muda, para no matar a nadie.

Entonces se le ocurrió una idea, bastante estúpida en sí misma pero genial en aquellas circunstancias: ¿Habría algún lugar donde la tal Iya pudiera llevarla, que sirviera como academia de entrenamiento? Algo así como un campo de tiro de palabras terribles, donde Stephanie pudiera coger un diccionario e ir entrada por entrada, disparando frases contra dianas lejanas a ver cuáles explotaban y cuáles no.

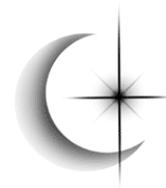
Dios, tenía que salir de allí, y pronto. Volver al mundo real. Aunque fuera para enfrentarse a la cara de loco de Húbor-Rak.

—¡Esperadme! —jadeó, subiendo la colina. Menos mal que esa palabra no mató a nadie.

—No hables, mujer —dijo uno de los hombres extraños—. Eres portadora de sintagmas agresivos.

—¡Está infectada con la enfermedad de los kornukianos! —acusó el de los cuernos, asustado, abrazándose al otro hombre—. ¡Extenderá la plaga, palabras de poder, miedo en las palabras!

Stephanie los miraba alternativamente, temblando de miedo. Aquello se estaba poniendo peor por momentos. Y lo más agobiante era que no sabía



qué hacer. No sabía si quedarse sentada en compañía de aquellos locos, si echar a correr, si lanzarse por un precipicio, si dar cuerpo a una nueva deidad femenina capaz de desatar cataclismos con la voz...

En un mundo normal (y por ello entendía a *su* mundo, al del otro lado del espejo), existían reglas invariables. La principal ayuda que tenían los humanos para sobrevivir era que el mundo, aunque críptico e incognoscible, era predecible: los ciclos se repetían, y las causas tendían a provocar efectos mensurables.

Pero allí no. En el poco tiempo que llevaba respirando aquel aire que se parecía tanto al de la Tierra, y caminando por aquella tierra que olía y recordaba la forma de sus pies con la misma facilidad que la de su mundo, Stephanie ya había transgredido diez o doce reglas universales básicas. Aquél era un universo de locura, reflejo quizás de la locura de su creador, como le pasaba a Alicia.

Se le ocurrió que, después de todo, aquel mundo sí podía ser predecible, aunque bajo sus propias condiciones. Tendría que aprender cuáles eran las reglas (si es que había alguna) si quería sobrevivir. Y para eso, necesitaría de un guía. Alguien que conociera bien los entresijos del espejo.

Quizás aquella chica con pinta tan avispada.

Iya se recuperó al cabo de un rato. Pat y Chou (no es que se hubieran presentado formalmente, pero Stephanie aprendió sus nombres de oírlos hablar y lanzarse improprios entre ellos) le limpiaron la sangre del oído, le dieron de beber y la mimaron de una forma casi infantil, como se mimaría a un bebé recién nacido. A los pocos minutos, a Iya ya se le había pasado el doloroso pitido de los oídos y volvía a escucharles.

Stephanie aprovechó entonces para contarle su historia.

—¿Entonces... has llegado a nuestro mundo a través de un espejo? — preguntó Iya, frotándose delicadamente el pabellón auricular.

—Sí, pero no era un espejo normal. Era un artefacto que un tal Ortelius Manfraad «escribió» como si fuera un código... pero bueno, para qué les voy a aburrir con esto. Digamos que se produjo un milagro y aquí estoy.

Pat y Chou hicieron entrechocar sus cuernos (sí, ahora los dos tenían cuernos), pero no dijeron nada.

Iya asintió lentamente, como si no le sonase excesivamente bizarra o desconocida esa historia.

—Hay páginas de ciertos libros que pueden leerse en múltiples direcciones —caviló—. Dependiendo de la dirección que le des al texto, te contará diferentes historias. Puede que tú provengas en realidad de una lectura inversa de nuestro mismo libro. Nuestro destino.

ERIDANO SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI Nº 21



Stephanie parpadeó. Vale, aquella era otra de las reglas de aquel mundo, y era duro de aceptar para una mente analítica como la suya: Los razonamientos no lineales tenían más peso específico que las teorías científicas. Estupendo. Y probablemente modificarían el mundo con esa percepción extraña que tenían de él, como una especie de antropocentrismo desquiciado. Vivir allí iba a ser divertido.

—¿Y cómo puedo... «leerme» a mí misma, para entender mi historia? — preguntó Stephanie, haciendo un esfuerzo para adaptarse a aquella lógica.

—Sólo hay un sitio donde alguien que proviene de una lectura inversa pueda releerse a sí misma, y tenga opción a una nueva versión de su libro — dijo Iya, muy seria—. La Llanura Kármica.

Los cuernos de los dips volvieron a chocar.

El viaje les llevó menos de un día. Cuando salieron del valle de las letras de piedra, una multitud llegó para instalarse en él. Iya le contó que eran humanos episódicos, que venían en peregrinación social inercial hacia el valle. Se establecerían en él y lo poblarían con sus casas y sus templos dedicados a las letras colosales. Serían un buen pueblo de acólitos para cuidar y venerar las letras de piedra, y eso, por algún motivo, alegraba bastante a Iya.

Al amanecer estaban llegando a la Llanura Kármica. Lo que Stephanie vio desde el último meandro del camino era... bueno, a falta de palabras para describirlo, lo único que pudo pensar fue que aquel sitio encajaba perfectamente en su mundo, y de hecho era como un resumen de sus postulados. Un botón de muestra en colores pastel y dédalos de arco iris.

Descendieron hasta la Llanura por un camino embaldosado, que Stephanie habría jurado que despedía reflejos dorados. Iya abrió la marcha, seguida por Chou y Pat (que caminaban abrazados, muy juntitos, como si de buenas a primeras se hubiesen convertido en una sola persona), y Stephanie cerraba la comitiva.

La sombra de un zeppelin pasó sobre ellos.

Había gente tumbada en hamacas de fieltro, alineada delante de una hilera de espejos, gente que dejaba pasar todos los instantes sin fricción suficiente como para quedarse y resultar agradables. Arriba, por delante y por detrás del sol, rodeándolo con anillos de color, estaban las nubes. Y colgando de ellas mediante cables hechos de lluvia, los zeppelines que había visto Stephanie en la distancia. El sol repartía generoso los colores. La planicie refulgía como un espejo. El arco iris contenía doce franjas, con visos de que un anticiclón añadiera otra más hacia la tarde.

Y la hilera de espejos, que flotaba a treinta centímetros del suelo, brillaba con luz propia.

Iya los señaló.



que descansaba en su nido.

La brisa mecía suavemente sus plumas.

Entonces Stephanie comprendió.

Se dejó caer de rodillas sobre la arena del suelo, llorando.

Claro, claro, ahora todo tenía sentido.

Se levantó, corrió enfrente de las demás puertas, y en todas ellas se veían pájaros dormidos.

Era eso. Nada más. Y nada menos.

Y claro, explicaba muchas cosas, entre ellas el surrealismo.

—Somos el sueño de los pájaros —murmuró. Iya se acercó y la abrazó.

—Cada mundo procede de la gramática de los sueños de un solo ser vivo. Tu mundo es el sueño de esas criaturas a las que llamáis escarabajos. El nuestro es el producto de las mentes de los pájaros, cuando recobran las fuerzas antes de echar a volar. Cada uno tiene sus reglas, y aunque te parezcan extrañas, son invariables.

—¿Mi mundo... lo sueñan los escarabajos? —se asombró Stephanie, mirándola entre lágrimas.

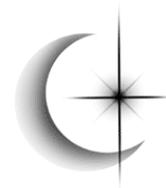
—Sí, cuando éstos se extingan, todo lo que hay sobre la superficie de tu «Tierra» desaparecerá. Pero nosotros tenemos más suerte. Los pájaros son coágulos en el sistema circulatorio del cielo, el pus de sus heridas emplumadas. Mientras exista cielo, y éste pueda ser herido por los rayos del sol, habrá pájaros, y éstos tendrán sueños, y los sueños reflejarán la infinita extrañeza hacia su propio origen.

Stephanie se acercó a un espejo y dijo una palabra. *Investigadora*. Fue más un soplido que un vocablo, pero provocó un sonido lejano, como de trenes colisionando, y un viento que hizo volar su cabello y el de todos los presentes en la Llanura. Pat, Chou e Iya, así como el alma errante, la miraban con curiosidad.

La palabra hizo que el espejo vibrara, mostrándole otras imágenes. Entre ellas estaba el cuerpo muerto del arcipreste Húbor-Rak, que se había suicidado tragándose seis cucharillas de té. Y su amigo Brunelle, el aventurero pluri empleado, que conducía de vuelta a casa con una expresión pensativa cosida al rostro, una expresión que hablaba de mil dudas y aún más preguntas, sobre dónde habría ido Stephanie, y qué había pasado realmente en la mansión del arcipreste. Preguntas que, muy probablemente, nunca tendrían respuesta.

Stephanie se alejó de la hilera de espejos. Estuvo mucho tiempo sin decir nada, tumbada en una de aquellas hamacas, viendo pasar los zeppelines.

ERIDANO SUPLEMENTO DE ALFAERIDIANI Nº 21



Y en un momento determinado, preguntó:

—¿Esa gramática que os puedo enseñar... es la manera de soñar de otra cosa que no sean escarabajos?

Iya se encogió de hombros.

—Quién sabe. Las letras esconden tantos secretos que nunca puede una estar segura de nada.

Stephanie asintió. Y de verdad, lo entendía. De verdad.

—Bien, pues esto es lo que haremos. Quiero un zigurat. De diez pisos, y con una base ancha. Que en la plaza de delante quepa una verdadera multitud.

—Hablaré con la gente de la Llanura, a ver qué opina —asintió Iya.

—Y una costurera que me haga un disfraz... no, un *traje* ceremonial. Una comunión de pájaros e insectos. Si vamos a crear un culto a las letras colosales, tengo que parecer imponente.

—Y que lo digas —dijo Pat. Su cuerpo se había mezclado con el de su hermano y parecían siameses. Compartían también los cuernos, que ya sumaban siete.

—Ah, y una última cosa —pidió Stephanie.

—Dime.

La nueva sacerdotisa del Culto a las Palabras Terribles sonrió.

—Buscad por todo vuestro mundo a Ortelius Manfraad y traédmelo. Ahora ya sé a dónde huyó, ese bastardo.